

Rafael Castillo Zapata
Poesía reunida
1984 – 2008

Oscar Todtmann editores



RIF: J-07013380-5

otpoesía

Poesía Oscar Todtmann editores
Trigésimo quinto libro

Poesía reunida
1984–2008

Rafael Castillo Zapata

Oscar Todtman editores

Rafael Castillo Zapata: hacia la página en blanco

Además de su tarea como ensayista, crítico literario, artista visual y diarista, y especialmente de su ejercicio como docente, desarrollada, desde hace más de treinta años, en las aulas de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, ¿quién dudaría que Rafael Castillo Zapata es un poeta? Esto hay que aclararlo, ya que hemos sido testigos de cierta suspicacia por parte del propio autor hacia su labor poética. Esta displicencia parece basarse solo en el hecho de haber publicado unos “pocos” poemas a lo largo de su vida; cien, para ser exactos, los que ahora presenta aquí reunidos de la mano de Oscar Todtmann editores. Ya sabemos que en poesía la palabra justa es lo deseable, y Castillo Zapata, sin buscarlo, sigue con su magisterio y nos enseña que cierta sobriedad, una especie de reserva ante las potencias y deslumbramientos del lenguaje, es necesaria. Cuando una verbosidad excesiva caracteriza a tantos se vuelve urgente una desconfianza de la propia elocuencia.

En sus dos primeros libros, los más conocidos, el poeta recurrió a una palabra común, vivaz, despierta, de aliento largo; vemos un impulso por comunicar, por echar cuentos en un tono coloquial, sobre todo en *Árbol que crece torcido*, su poemario de infancia. Para muchos escritores, la infancia es ese primer lugar al cual acudir en busca de los “tesoros” que conformarán su obra. Como si la niñez, una época de continua compenetración con el mundo, representara, como quería Baudelaire, un ideal que se ha de recobrar a voluntad. Para el joven Castillo Zapata, en particular, en vez de ese paraíso perdido, vemos una infancia como refugio y patio de juegos; “La guarimba encantada” la llama.

En primer lugar, aparece la madre, no solo como dadora y protectora de la vida, sino también como quien da la poesía: “A mí la poesía / me viene de mi madre / que más que nada fue costurera / pero escribía poemas en secreto / y lloraba en verso sus amores contrariados”. La poesía aparece entonces como legado, pero no uno meramente intelectual, sino afectivo. Aquella posibilidad del poema que no llegó a desarrollarse en la madre pasa al hijo, quien seguirá el hilo del canto, pero sin despreciar ese sentimentalismo ni esas lágrimas.

Aunque en estos poemas no pueden negarse los tintes autobiográficos y una recurrencia a anécdotas graciosas de la niñez, por medio de la composición, la musicalidad que ofrecen esos versos largos y justos, la vida personal del poeta queda transfigurada. En esta primera estancia vemos que la poesía de Castillo Zapata está marcada por aquella emoción que quiere ser recuperada: cómo, por medio de la palabra, va desplegándose esa afectividad, cómo va creciendo, cómo se van estirando sus ramas y dando frutos, cómo va dando cobijo y sombra a varias criaturas, a pesar de la torcedura de ese tronco que es la poesía misma.

Este árbol no solo se queda en ese espacio íntimo custodiado por la madre y las otras mujeres de la casa, también nos encontramos con lo público y las figuras masculinas, el padre, unos primos, quienes sí tienen que ver con ese mundo más diferenciado y atrayente para un niño: la calle. El joven poeta se refiere a una infancia caraqueña de los años sesenta, marcada por la novedad de la televisión, la publicidad omnipresente y la ajetreada situación política:

el ruido del escape del motor / o a la pinta de las FALN
borrosa me devuelven a las consignas/ pidiendo libertad para
Fabricio Ojeda sobre un muro en letra roja / guerrilleros / y al
Tome Hit de la bodega en un costado / (un muchacho en una

esquina / fuma un Lido) / y a las carruchas despeñándose por
esas calles en bajada / a los patines / y a los asaltos al abasto / y al
métase temprano para adentro / a los domingos / de Cine
Ávila, de cotufas y de sol.

El mismo autor ha reconocido la influencia de la poesía de carácter conversacional, una tradición que, a partir de una experiencia concreta, sin devaneos simbólicos, asume la palabra de manera explícita, como algo delimitado por las circunstancias históricas. La poesía de Ernesto Cardenal o la de José Emilio Pacheco marcarían a Castillo Zapata, quien llegaría a las reuniones de Tráfico, último grupo identificable de la vanguardia en Venezuela, ya con su manejo de poemas torcidos bajo el brazo, forjados a partir de las constantes visitas a estos escritores cómplices que le mostraron una poesía que tuviera la consistencia de lo vivido y participara del mundo común. Por otro lado, también hemos de nombrar “la poesía de la experiencia” del español Jaime Gil de Biedma, cuya edición de *Las personas del verbo* en la Monte Ávila de antaño cuidaría unos años después el propio Rafael.

Aparte de la oralidad como principio, vemos en este primer poemario esa necesidad de ser fiel a sus experiencias personales, de descubrirse a sí mismo, de reconocer el mundo que lo rodea, de hablar desde sus vivencias, las cuales para este niño están definidas por algo que no encaja, el dolor y la injuria de ser distinto, de estar torcido y saber que no hay manera, correa o zapato ortopédico que enderece tal torcedura:

Me están doliendo de golpe / todos los goles juntos que
no metí / ineficaz defensa siempre el último de la hazaña
imposible / me están doliendo todas las cestas que perdió mi
mala puntería / los balones contra el tablero escapándose del aro /

dando siempre más allá y equivocándose / fuera de sitio
siempre / como el rebote loco mío de no parar nunca en
ninguna parte / alelado de estar viendo una pelota traicionera /
sobre la mesa de ping-pong para fallar.

Este libro de poemas viene a ser el reconocimiento de esa torcedura, la imposibilidad de ser osado, agresivo, musculoso, como se esperaba de un varón; la conciencia de “esa anhelada majestad del palo de hombre que no era con qué rabia / que no fui”. En cambio, este niño se presenta enclenque, cuatroojos, debilucho, seducido por el dibujo y la lectura que no dejan de pertenecer al mundo de los sentimientos, propio de mujeres y, de vez en cuando, de algunos hombres desechados, derrotados.

En la segunda parte del libro, “Hay amores que nunca en la vida”, aparece por primera vez el bolero como una experiencia fundamental de la razón amorosa y que luego Castillo Zapata estudiaría a lo Barthes en su *Fenomenología del bolero*. En este caso es curioso que el bolero fuera una experiencia clave para generaciones anteriores. Fueron sus tíos, su madre, los que lloraron con Toña la Negra y quienes fungen como ejemplo para el muchacho que debe inventar su manera de amar:

si hay amores que nunca en la vida / si hay amores / y lo mismo
que esos tíos míos / solteros o viudos o casados o muertos / no te
olvido yo / como no pudieron olvidar ellos / a pesar de las
películas de Arturo de Córdoba / y de las canciones de Toña La
Negra / porque en el fondo no querían / así como yo no quiero.

El poeta se escribe y, al escribirse, se inventa, se convierte en ese “otro” que puede cantar su amor ante todos en una gran caravana, en medio de la Francisco de Miranda, ese “otro” no debe quedarse tan

solo en la pasión de mirar, la pasión que se sabe contenida porque al declararse seguramente será rechazada.

El poema de cierre de *Árbol que crece torcido* es un repaso por medio de fotografías a la formación sentimental de ese niño que se desdobra. Vemos cómo esa rareza de la infancia va tomando un cauce hacia los lugares comunes del artista adolescente: el autodesprecio, la aflicción, las frases sentenciosas, el *Demian* de Hesse, hasta que con los 21 ya viene cierta calma, el aceptarse distinto y también, al fin, amado. Por fin ve que su sentimentalidad sí tiene un lugar, y ahora empiezan los otros martirios, las espinas de la experiencia amorosa:

porque ahora corazón ya tú te has ido / ya no estás más a mi lado
corazón etcétera y etcétera / y qué foto ni qué foto corazón ni
qué retrato / ni qué instantánea Polaroid de mis tormentos /
ni qué mirada fija ni qué beso / ni qué figura mía cuando niño
esperanzado de metódico en su limbo / si despechado es lo
que estoy y de qué modo hasta lo cursi se me siente / que ni con
el favor de Dios ni con Mandrake El Mago / ni con una
tanda de boleros y boleros / yo me curo corazón del timbo al
tambo / si por eso es que salgo tan horrible en estas fotos de
lo último apocado.

Aunque ahora este poeta vaya a hablar casi siempre desde un despecho, por lo menos la poesía aparece para darle lugar a esa sentimentalidad torcida. La poesía de Castillo Zapata se presenta como gesto de amor, ya sea ante la madre, ante el cuerpo entrevisto del amante, ante una ciudad extranjera. Se asume como una torcedura más: la sexual, la intelectual, la afectiva.

Si *Árbol que crece torcido* finalizaba con una “serie de fotografías”, la primera parte de *Estación de tránsito* lleva el nombre de “Instantáneas y postales” y nos traslada directamente al mundo de los viajes, del

flâneur, del que pasea fuera de su comarca, por las viejas ciudades del Norte y sus museos, con cierta mezcla de embelesamiento y fastidio. Comienza con “Breve memoria de la nieve”, un texto que revisa ese lugar común de la poesía escrita en el trópico, por medio de breves ráfagas, sobre todo visuales y sonoras, en las cuales la nieve es primero anhelada, evocada en contraste con nombres de lugares mediterráneos, y luego al fin entrevista de manera casi erótica como un *panettone* o los muslos de un ciclista. También en “Un poeta en gira por las provincias de su país”, nos habla de cómo la mirada se acomoda al tránsito; así sea un recorrido provinciano, no hace falta irse al exterior para cambiar el aire, descolocarse, enamorarse del trayecto, mas no del paisaje, porque “son como niños los poetas / cuando viajan y se asoman / por las ventanillas a respirar / el aire verde y gris de las afueras”.

El vínculo entre el tránsito y la contemplación que busca ordenar y fijar lo fugaz en la página es el eje de este libro. Diríamos que se mantiene en la estela del tópico que iguala vida y viaje; sin embargo, Castillo Zapata sabe retocarlo con pinceladas originales. Al igual que su primer poemario, éste conserva carácter de autorretrato, al brindar en primera persona una visión fragmentaria, intermitente, poliédrica, del propio autor. Así lo vemos en “Antipostal de Venecia” o en el célebre “Whitney Museum of American Art”, donde la mirada del niño que seguía al vendedor de la quincalla continúa ahora aquí, acechando a la distancia los gestos encantadores de un mesonero.

No / no está en las salas del Whitney Museum / la mejor obra de arte del Whitney Museum / sino en los salones de su restaurante iluminado / un mesonero que va y viene / con algo de artista en la mirada / con algo de artista en el vestir / un Gatsby / una palmera rubia que se dobla y va y te mira / y son los propios ojos de James Dean los que te miran.

Es esta una poesía que no teme decir lo que desea, que asume su diferencia, lo que implica descubrirse para mostrarse tal cual es, sin máscaras, sin dobleces. El homoerotismo se remarca aún más en la segunda parte “Casi el amor”, en la cual prosigue con una palabra cristalina, que entrega y transmite lo vivido, sin dejarse seducir por sus propios juegos metafóricos; palabra que sirve como espejo en el cual el poeta se reconoce como hombre enamorado. Aunque, lamentablemente, el amor nunca es tan puro ni tan absoluto como soñaran los románticos. “Que esta misma cama / la necesitan otros / como nosotros / que se levantan y se van / se levantan y se van / y dejan todo este dolor del mundo al levantarse lo mismo / que nosotros en los cuartos alquilados / en los hoteles oscuros de tantas avenidas”. El autor no se engaña y aprecia la experiencia amorosa con todo lo que arrastra, con sus decepciones, sus amarguras y sus ligerezas. Le interesa dar con la justa medida, perfilar de la manera más adecuada eso que llaman amor y que siempre será más difícil y más contradictorio que todas nuestras ideas preconcebidas al respecto.

En “Vivir”, tercera y última parte de este poemario, aparecen textos de motivos existenciales y por primera vez uno de carácter político. En “Le parti pris de choses”, el poeta desnuda su alma de coleccionador y gusta rodearse de cosas que llena de afecto y entre las que encuentra un aire familiar. Así como más adelante se detendrá en la piedra o en el cielo, estos objetos lo protegen de la desolación. En “Carpe diem”, nos muestra su desconfianza ante esta máxima: algo está mal de raíz con la vida, con el transcurso calamitoso del tiempo, aunque no se sabe bien qué, sensación que se agudiza en el poema siguiente, “Vivir”, donde queda develada esa insatisfacción que solo puede redimir el cuerpo amado.

Que nada / tiene esa consistencia de cosa / perseguida en sueños,
esa seguridad / material y esa entereza, / esa certeza o forma

de la dicha / imaginada tenazmente, el paraíso / perdido del
sabio aplomo o la belleza, / indiferente de por sí y escasa, de la
juventud / que ya no vuelve, salvo el cuerpo / entrevisto en la
neblina / de los baños o el perfume que despide la piel / desnuda,
por sí misma

Cierra este libro con un poema peculiarísimo en la obra de Castillo Zapata, aunque nada ajeno a las vueltas de la poesía conversacional, y que solo encontrará su correspondiente, años más adelante, cuando escriba sobre Boris Pilniak. “Contemplar el mundo agudamente no redime” es un llamado de atención, a sí mismo y al lector. Este poema irónico, de carácter abiertamente político, no se trata de un simple cruce de brazos, sino de un reconocimiento de la insuficiencia de la conciencia política o social como forma de redimir los males del mundo. El hecho de que seas más consciente no significa que te has vuelto más responsable; no te libera.

no basta / contemplar el mundo agudamente y mantenerse /
informado, no basta / con formarse una opinión; el sentimiento /
de culpa por debajo ronda; apagado, / en medio de tanta com-
placencia, / el remordimiento frente al hecho / de que nunca
intervenimos sobrevive; el tedio / que ocasiona el pensar siquiera /
en eso, la desganaada esperanza, / están royendo, socavando /
la comfortable tranquilidad, la paz / del alma, en el país / más
rico del mundo.

Sus siguientes libros, reunidos en 2009 bajo el nombre de *Estancias*, nos traerían a un poeta distinto a primera vista. Son trabajos en prosa, de tono reflexivo, fraseo medurado y pinceladas sueltas. De inmediato se nota que algo sucedió, hubo una toma de distancia ante la propuesta traficante. Surgió una necesidad de

indagar en sí mismo, distinta a los autorretratos irónicos; una concentración, más que en la experiencia, en la resonancia que esta podría tener en la palabra. Parece seguir a Gil de Biedma cuando señala que “para el poeta lo decisivo es la contemplación de una emoción, no la experiencia de ella”¹.

La parquedad es lo que prevalece; sin embargo, el tono sentimental, prácticamente amordazado, aún resuena en todos estos cuidados movimientos. *Parte de piedra* representa ese primer cambio de registro: “Piedra del poema: bajo tu párpado apretado, ¿qué sueño, qué memoria, qué palabra contenida que no se dirá?”. Se percibe cierta desconfianza en los poderes del lenguaje y el tono se aleja de lo oral, se vuelve casi solemne. El poema se identifica con el guijarro, algo mínimo, común y ordinario, pero que puede enseñarnos mucho. El poeta busca ponernos de su parte, aunque no le deba “nada a quien lo toma y lo arroja lejos de sí o lo conserva, como un rugoso tesoro de la mano”. Se busca la palabra breve, parca, desnuda. No resulta extraña esta inclinación estilística por una poesía más seca, si pensamos en las continuas visitas de Castillo Zapata a la poesía de Celan y la sucedánea de Luis Alberto Crespo. También hemos de tomar en cuenta sus lecturas que orbitan la poesía francesa de segunda mitad del siglo XX, cuya difusión en Venezuela tiene nombre y apellido: Alfredo Silva Estrada.

Este también es un libro escrito después de cierto vacío, se nota, como quien viene de la “cerrazón pura” de la página en blanco. Casi podría decirse que se trata de una poesía “metódica”. Estamos, sin dudas, bajo una labor cercana a la propuesta de Francis Ponge: “Si alguna vez los objetos pierden para ustedes su gusto, observen entonces, con un partido ya tomado, las insidiosas modificaciones suscitadas en sus superficies por los sensacionales aconteceres de la

¹ Del prólogo a *Función de la poesía y función de la crítica* de T. S. Eliot.

luz y del viento, según la fuga de las nubes”². Así Castillo Zapata se acerca a Ponge como una esponja y quiere tomar también el partido de las cosas. En vez de contarnos historias, de dar vueltas alrededor de las figuras queridas, ahora toma el lado de la piedra, de la nube, de la nieve, para hacer sonar esa mutabilidad y esa permanencia propias de ellas, y que el poeta anhela. Al tomar parte por la cosa el poeta desea devenir la cosa misma: volverse una piedra tras una decepción amorosa, flotar como una nube de puro arrobamiento, borrarse en el blanco de la nieve que cubre el puerto de Providence.

Hay una necesidad de despojarse, de alcanzar cierta asepsia, de deslastrarse de lo autobiográfico, de lo anecdótico, de lo sentimental. Que el poema sobreviva magro. El de *Parte de piedra* es un poeta admirado por la consistencia del mundo contenido en un pequeño punto; desea una realidad meramente material, sensual, en cuyo centro sea posible, desde lo cotidiano, el asombro más intenso. Tomar partido por las cosas, por los objetos, es pues tomar partido contra los atavíos y excedentes del sujeto que cree que la palabra le pertenece, cuando, más bien, al contrario. “Habíamos llegado a un punto en donde, a partir de allí, ya nada habría. Y nos topamos entonces con la piedra, de repente. Nos casamos con ella para borrararnos”.

En medio de un paisaje estremecido, turbulento, se desea la impasibilidad, la ataraxia que la piedra enseña. En medio de la turbulencia, solo la piedra irradia cierto esplendor. Se quiere la plenitud de la piedra que desconoce el amor y por tanto nada sabe de sufrimientos. Sobre todo, se anhela la fidelidad de la piedra: “¿con qué fuerza habías pactado?; ¿quién te legó lo exento, lo resguardado? Venías acompañada siempre de la palabra fidelidad como tu nombre”. Acercarse a la piedra para asumir una forma que aleje el sufrimiento. El desgaste que en la piedra es pleno esplendor en la carne es

² De su libro de ensayos *Métodos*.

padecimiento. Aquí sigue ese sujeto que padece de amor y ahora quiere esconder su sufrimiento debajo de lo más pequeño.

En *Mecánica celeste* seguimos con el poema en prosa. Muestra Castillo Zapata una inevitable inclinación a la simetría, tal como evidencian sus *collages*. Así como anteriormente veía hacia abajo, y buscaba lo mínimo que la piedra esconde, ahora su mirada se va hacia arriba y busca la inmensidad del cielo con sus paisajes efímeros. Lo encontramos más interesado en reinventar la mirada propia, entregarse al impulso íntimo de las cosas que a los demás suelen resultar insignificantes. ¿Cómo decir el cielo?, “¿cómo empujar el cielo hacia la página?, ¿cómo ponerse a decir lo que él no dice cuando despliega sus cantos callados en lo alto?”.

Ante el cielo la búsqueda es la misma: el alcance de una palabra despojada de lo subjetivo, tarea modernísima que busca acortar esa distancia que Mallarmé señaló entre la flor y la ausente de todos los ramos. Decir como quien pinta o toma fotos, insistentemente, por medio del asedio de la palabra que, a partir de varias ojeadas, empieza a operar en el levantamiento de un artillugio de lenguaje que interpela el cielo desde diversos puntos, en una especie de visión profunda, hasta lograr que el poema se sostenga solo, sin necesidad de su autor. “¿Serán éstos sus paisajes perdidos que me salen al paso como para tenderme una emboscada en un recodo repentino del aire inmenso? ¿Serán estos renglones los indicios de su nombre en alto, vuelto a pronunciar, en mi propia voz, por mí?”.

El cielo es una razón para decir de nuevo cuando ha llegado el cansancio y se desconfía del poema como mera expresión y desahogo. El poema al igual que el cielo ha de aparecer como una obra en constante modificación, que se hace por un instante para luego ser borrada: “habría que estarse mirando todo el día, cada día, hacia lo alto para captar la sucesión enorme de esos paisajes que, por suerte, se pierden irremediabilmente al fin para la página”. El cielo como

espectáculo perenne, cuya tramoya desconocemos, y el hombre que se reduce a una pupila que apenas mira cómo rueda la gran industria allá arriba. Hay en esta propuesta el ansia por un puñado de poemas auténticos, que no sean mera representación, sino que tengan la consistencia de un objeto del mundo exterior; que persistan, así sea por un instante, como las nubes, que corran, que se dispersen, que se congreguen hasta volverse negras y terminar en un trueno, fulminante y enigmático. Así como las piedras acá abajo, las nubes allá arriba.

El deseo de un poema que nazca de repente, sin un motivo emocional o intelectual, sin circunstancia alguna que pueda hacerlo venirse abajo. Que como una nube flote de pura gracia. “Nubes voraces en pleno crecimiento; nubes que se prueban a sí mismas; nubes nuevas. Nubes que juegan adoptando diferentes posiciones, nubes inestables, nubes inquietas. Nubes que se atiborran de luz, nubes que se estancan”. El cielo mismo se nos presenta como artífice de una poesía pura, que el nefelibata Castillo Zapata sabe inalcanzable, bien lejos, esplendorosa. Si la poesía no llega allá arriba por lo menos acorta la distancia, nos indica dónde el cielo estaba apartado con su melodía inaudible, por medio de imágenes, casi descripciones, que se extienden, que lanzan la mirada hacia lo que se ignoraba, tanto lo visible como lo invisible.

Luego nos encontramos con *Providence*, que ya había sido publicado solo por Ediciones Angria en 1995. En este libro nos vemos obligados a poner los pies en una tierra incógnita. Al igual que sus compañeros de *Estancias*, el texto abre con una sucesión de interrogantes. Una vez más el poeta se presenta como explorador de una página en blanco, de un territorio virgen. “¿Cuándo se hará una pira con estos juncos oscuros y estas zarzas, y despejaremos tu frente a hachazos como invasores hambrientos?”. Si *Mecánica celeste* apuntaba hacia un arriba inalcanzable, *Providence* se inmiscuye en una región que es pura promesa, un lugar conjetural, en busca de una

novia que vendrá. ¿Qué es esta novia? ¿Mujer o ciudad? No importa. Es tan solo un augurio: alguien que vendrá, algo que será, la esperanza de una “orilla remota” para quien lleva mucho tiempo vagando. “Ha caído la noche con sus fogatas invertidas. Sus mil ojos están contemplándote, Providence, abriéndose paso por entre la espesura de espina de tus bosques. Me guiarán mejor que lámparas sus luces. Hacia tu orilla remota”.

Providence encarna esa ausencia que nos vuelve hipersensibles a la presencia de la imagen, como revela Lezama Lima. De todos los libros de Castillo Zapata en este se hace más palpable el predominio de la imagen, evidente en esos cazadores, marineros, balleneros que parecen escapados de unas páginas de Conrad o Turguénev, como si inconscientemente el poeta recorriera, casi en sueños, ese imaginario tan caro a las ficciones que suelen cautivarnos en la adolescencia. En el terreno que se recoge en *Providence* avanzamos de manera oblicua. La voz que se mueve por estas sinuosidades también aparece desplazada. Lo que se moviliza a lo largo de estos poemas es el extenso corpus de lo imaginario.

El cielo desplomado te embellece, Providence. Te miro cuanto puedo bajo esa luz hasta cansarme y equivocarme tu rostro en su espejismo. No sé si estás allí en verdad; si eres tú todavía; pero te amo. Como bajo una lámpara complaciente tus señas ocultas bajo el día reaparecen de pronto, por un instante, y te recobro, pura, peleándole a la noche que comienza ese retazo de esplendor inesperado.

Ante la penumbra o la borradura blanca de la nieve, emerge un paisaje meramente imaginario, casi romántico. Una novia que no existe pero que se ama ya en lo oscuro. Se abre entonces la palabra a sus bodas futuras, como si buscara volver audible lo que no ha sido dicho. El explorador, por más extrañado que se encuentre, quiere

alojarse, allí donde el poeta quiere levantar un texto: en medio de una tierra hostil.

Aunque en un primer momento podría despistarnos, en *Providence* nos encontramos nuevamente con una reflexión meta-poética. Entre arbustos muertos, hiedra congelada, lámparas y fogatas; entre las olas que besan la orilla fría del puerto, estos poemas nos ubican en un lugar más incierto, ambivalente, que solo es posible en el monólogo del extranjero. Curiosamente los borradores de este libro se encuentran recogidos en *Travesías*, el diario de viajes que Castillo Zapata publicó en 2012. De alguna manera estos poemas también son una forma de dar cuenta, de definir esa suerte de extranjería, o por lo menos esa extrañeza. Digamos que son los modos que encontró el poeta para componer un paisaje interior ante la experiencia avasallante del invierno. “Toda esta nieve tendida. Tal derroche de telas para cubrir a la dormida que calla. A la soñolienta. A la hecha de piedra. A la casada con el silencio bajo manojos de zarzas oscuras y de ramas. Abandonada por los pájaros. Pálida. Sin sangre. Desconocida”.

Providence nace del desvanecimiento que provoca el invierno. La nieve como el encaje, como la gasa, el vestido y velo blanco que ocultan el cuerpo frío de la novia. Seducción de la nieve que es también la seducción de la muerte. Como si el poeta dijera vamos a mirar y escuchar a través de esta bruma, porque detrás de esta opacidad lo perdido llama, el amor espera, alguna estela verde nos aguarda. La novia prometida, aunque no llegue a presentarse, traerá la providencia de la primavera, su calidez. Lo más cautivador de este libro está en esa voz que busca dejarse hablar por la poesía, entregarse a esa palabra que brota sola, sin alharacas, sin proclamas, simplemente así, como una ofrenda, “azuzando su esplendor”.

Podríamos pensar que la poesía de Castillo Zapata no sería unitaria debido a estos dos registros muy marcados, el coloquial de sus dos primeros poemarios y el tono grave de los textos recogidos en

Estancias. Más allá de su inquietud, hay que recordar ese elemento que la atraviesa por completo y funciona como un molde que la cohesiona: lo afectivo, ya sea erótico o sensible, le da cuerpo a este trabajo que, aunque breve, ha calado en el panorama de la poesía venezolana de entresiglos.

Por esta razón extrañan aún más sus dos últimas incursiones. El poema largo *Boris Pilniak, 1938* apareció en las páginas del suplemento *Verbigracia* en 1999. Un poema suelto que tal vez a un lector esperanzado le resultara un abre boca de un libro que no iba a llegar. Junto con el último de *Estación de tránsito*, son los únicos poemas explícitamente políticos presentados por el autor. En este caso vuelve a jugar con la máscara, a reflejarse en la vida –más bien la muerte– de otro, para intentar entender y prepararse para el peor futuro posible.

Toma a tu cargo ahora / el peso de esta pena / por la que no
penaste y llévala, / llévala con ellos. Mira / en la mirada de esos
otros / ojos eclipsados, la luz muerta / en las órbitas maduras por
el miedo, y guíalos / hacia donde tengan paz / en su ceguera.

Boris Pilniak fue un escritor ruso de principio del siglo XX. En un principio apoyó el estado soviético que se estaba instalando, pero luego no pudo morderse la lengua y ajustó varias críticas al régimen, por medio de sus relatos, lo que le costaría la cárcel, la tortura y luego la muerte por un tiro en la nuca.

Siente / en ti la ola del mal que los aplasta / como una losa / sobre el
puente de la nuca y siente / la herida del grillete, barracones /
desnudos y débiles lámparas: un barril / donde sumergen cada
tanto / la cabeza azorada de un hombre / para que confiese,
pasadizos / donde el moho clava / pálido su diente.

El poeta se detiene en ese momento terrible previo al asesinato de Pilniak, en que, luego de la tortura por ahogamiento y la confesión forzada, le ofrecen la posibilidad de ser libre de nuevo, así sea solo para alabar los logros de la nueva nación y la gloria de Stalin. El poema es frío, de un tono seco y cortante, de frases bruscas. Lo que hace es meter el dedo en la llaga, invitar al lector, y al propio poeta, a no desviar la mirada y ver la pena de Pilniak en 1938, año de su muerte.

Castillo Zapata, esta vez, se cuestiona por la posibilidad de escribir después de la tortura: ¿es válido hablar por la víctima? Pareciera que no busca testimoniar, sino dar una prueba de vida, sobre todo en tiempos desérticos. Como bien enseñó Celan, después de que comprobamos que no se puede decir nada, la poesía es capaz de acceder a la verdad, incluso cuando ya no hay remedio y lo que se quiere es olvido. “Habla, / habla tú por él mientras el agua / sigue su curso y los espejos / reflejan su noche y su silencio / en la memoria de Boris / Pilniak, ajusticiado finalmente, vivo / en la memoria larga del papel”.

Así arribamos a *El cielo interrumpido*, a la última etapa de una poética sobria, equilibrada, que sabe cuándo callar y hacer su reverencia. Este libro es una vuelta al cielo como motivo. El autor ha planteado en varias entrevistas que *Mecánica celeste* era un proyecto más amplio y ambicioso que se vino abajo. Aparte de los textos que recogió en *Estancias*, también quedaron estos fragmentos sueltos que vuelven a llevar nuestra mirada hacia arriba, además nos devuelven a la interrogante sobre la posibilidad y la hechura del poema. “¿Por qué no me dejas a mi ras, ajeno a tu dominio?” o “¿Y cómo podría vivir sin mostrar que me rebasas?”.

Otra vez el encarnizamiento con la página en blanco, con lo no dicho. Es curioso que algunos fragmentos de este libro, en su primera versión, aparecieran en el número de la revista *El Salmón* dedicado precisamente a la vastedad, cuando *El cielo interrumpido* viene a mostrar la imposibilidad de decirla, aunque el deseo persista. Ante la

vastedad, el poeta devuelve lo parco. “Vuelves desnudo como una piedra. Despojado de la antigua propiedad de los adornos que te di”. Ahora el cielo se encuentra desposeído, no hay más que vacío. Se quiere el silencio, basta con la mera presencia de ese desierto inalcanzable que nos custodia. Suena casi religioso. “Intento una plegaria. Azótame, vendaval alto. Oblígame a callar delante de ti”.

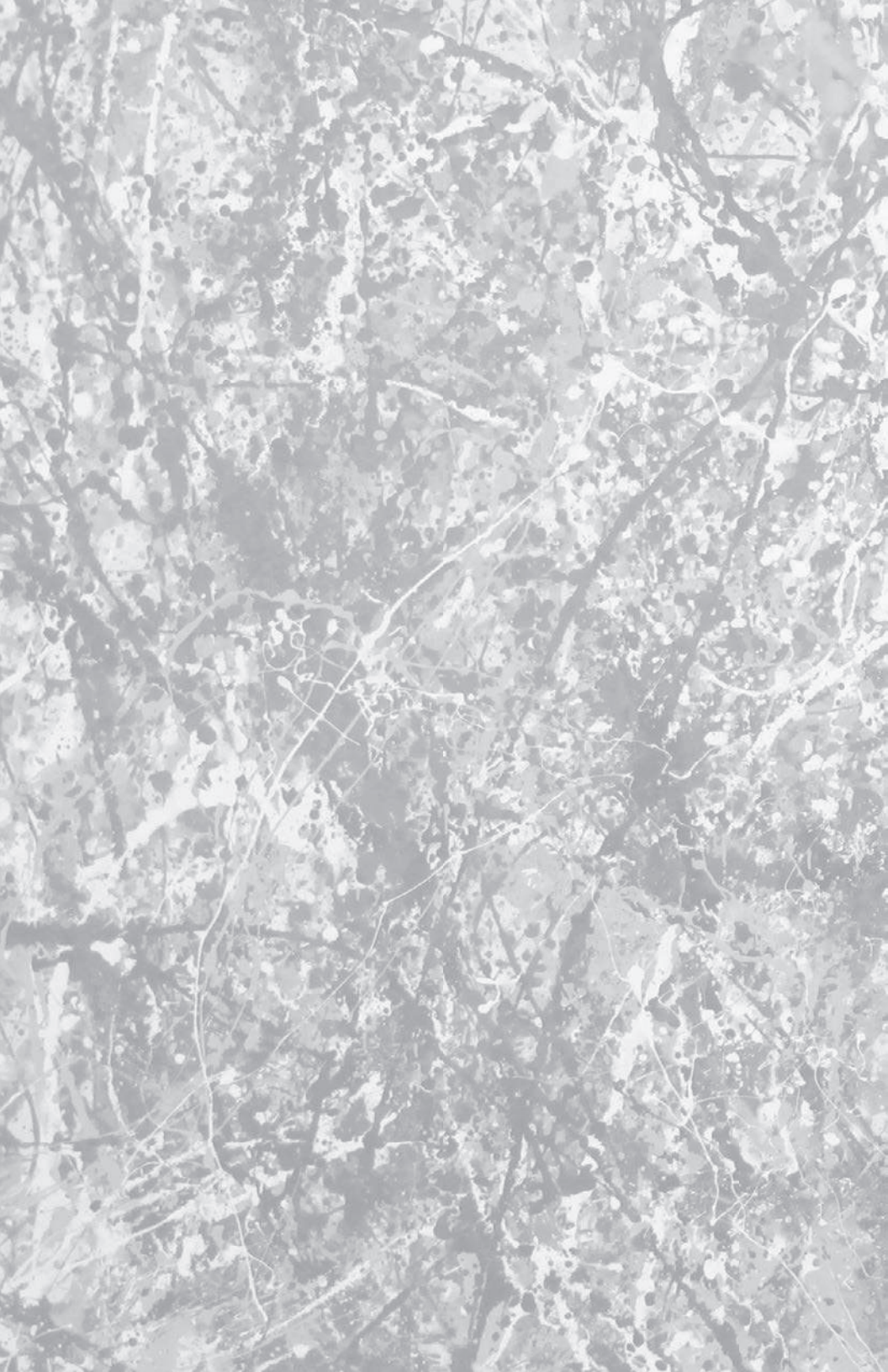
El poeta pasa entonces por un momento paradójico en el cual la palabra quiere hacer el vacío, despojarse de lo que se ha hecho demasiado pesado y abandonarse al desierto, que es “la dicha de someterme a lo que me deja sin voz”. Como señala Gina Saraceni, en este libro: “El cielo entonces no está en la palabra que lo nombra, sino más bien, en la falta de nombre que la poesía revela”³. El silencio de este cielo desnudo remarca todavía más esa sensación de encontrarnos ante un mundo en suspenso, que no requiere más agregados.

Frente a su producción continua en otros géneros, como el diario y el ensayo, se genera un contraste que intriga. No alcanzamos a entender por qué el encantamiento con este desierto, por qué el poeta se siente apelado por el silencio, por qué “el yermo de la página” lo obsesiona como una premonición. Además de la aspiración de que ese cielo despojado recubra la complejidad y la contingencia del mundo de aquí abajo, queda la aceptación desesperanzada del final del poema, de que la escritura sigue, pero sin apuntar a ninguna elevación.

No estamos solos en tu blanco. Donde ya no resuena el tambor de tus relámpagos, ni se levantan ostentosos tus redobles de nubes y drapeados, encontramos la sal de lo seco donde la luz borra todos los agravios. Desaparecen las letras. No estamos solos en tu blanco.

FRANKLIN HURTADO

³ “Escombros de una mecánica” en *El Salmón - Revista de Poesía*. Año I No. 2.



ÁRBOL QUE CRECE TORCIDO

-1984-

Para Albin Opalinsky

*Y esta memoria –flexible como un puente de barcas–
que me amarra a las cosas que hice
y a las infinitas cosas que no hice
a mi buena o mala leche, a mis olvidos.*

ANTONIO CISNEROS

La guarimba encantada

...cayó herida la plaza de mi infancia, el gárgaro de entonces,

la guarimba encantada...

JUAN LISCANO

I

A mí, la poesía
me viene de mi madre,
que más que nada fue costurera,
pero escribía poemas en secreto
y lloraba en verso sus amores contrariados.
Copiaba a Nervo y a Darío en cuadernos empastados
con una perfecta caligrafía enamorada.
Hay lágrimas, por eso, en sus cuadernos,
lloviéndole la tinta a cada rato.
Hay zanjones hechos con la pluma en cada página rota,
acaso por la desesperación de amar a su novio tanto,
entre el ruido aplacado de la Singer y las rimas de Bécquer.

Victoriosa en su llanto,
porque, antes, las mujeres se defendían así,
a fuerza de llanto y de morir calladas,
un poco más de mundo, digo yo,
y un poco más de escuela,
hubieran hecho de ella
una Juana de Ibarbourou mía,
una Gabriela Mistral en casa,
una Enriqueta Arvelo,
una Alfonsina Storni en la familia.

II

De tanto estar en azoteas de pequeño,
llevando sol entre la ropa tendida en lo más alto,
es que deben venirme estos relumbrones de la mente sin aviso,
estos encandilamientos que me dan de golpe y me devuelven
a los perros que tuvimos / cazadores callejeros:
Pizzirilo y Negrito y sus ladridos claros,
devoradores de chancletas, de cálidos hocicos.

O a los papagayos y a la *pepa y palmo*
y al *rayo y caballito* que jugamos
en un patio de tierra al fondo / sin *coleo* y sin temor.

O al viejo Dodge de dos puertas vino tinto / que teníamos brillando,
del lavado del domingo y del pulirlo afuera,
sobre la acera larga del frente familiar.

Y al mecánico todero de mi padre oficinista,
metido siempre de cabeza / entre las tuercas y la lata
bajo el capó meditabundo:
hay grasa en las bujías / falla el freno /
el trueno acelerado / el cloche / el ruido ronco del escape del

[motor.

O a la pinta de las FALN borrosa me devuelven / a las consignas
pidiendo libertad para Fabricio Ojeda sobre un muro en letra roja /
guerrilleros,

y al *Tome Hit* de la bodega en un costado.

(Un muchacho / en una esquina / fuma un *Lido*).

Y a las carruchas despeñándose por esas calles en bajada / a los
[patines.

Y a los asaltos al abasto / me devuelven.

Y al *métase temprano para adentro*. A los domingos
de Cine Ávila, y cotufas, y de sol.

Y a un primo de uno / por entonces / melenudo y callejero,
lo agarra en una redada la Recluta y se lo lleva por bandido,
por andar jugando de noche hasta tan tarde
en una de esas legendarias
caimaneras de beisbol.

Y aquella noche se traga amarga sobre la mortadela frita
porque el que falta no llega / el compañero fijo /
el jonronero / el *todo* / el goleador.

Y se juega ludo bajo la lámpara, monopolio, bingo,
con el televisor encendido para que vean *El Zorro* / y se
[distraigan los muchachos.

Y luego el programa de concursos mientras comen,
y un palo encebado y un locutor ridículo: *el señor se gana un radio*
y este aceite no brinca porque es Branca señora si no brinca.

Y hay que abandonar los lápices sin haber resuelto nada en el
[cuaderno.

Y luego la novela de las nueve.

Y el noticiero de las diez: Vietnam que arde / el humo del napalm.

Mientras pasan las horas que pasan y él no llega.

Y *Cine para adultos* y *Mensajes en la noche*, y nada.

Hasta que el viejo Dodge de dos puertas vino tinto / se siente
[que regresa,

(con qué júbilo loco de corneta a medianoche
se escucha aquel frenazo con chispa en la parada seca)
y nos devuelve al primo bravo / al héroe /
con el pelo rapado y una mueca de rabia en la sonrisa,
que no le duró empañada sino el tiempo
que le tardó en crecer de nuevo
la melena fuerte / la alegría / a este Sansón.

Y así, como si nada / en sus bluyines
volvió a tener de loco la misma facha de bandido.
De atlético peludo pendenciero los mismos ademanes,
la misma cara / el mismo sobrenombre
de malandro retador.

III

*Tenia un caballo de palo, sacado de una escoba.
No volvía sino tarde, en cuatro patas,
dizque mordido de culebra,
preparado para la pela y el castigo.*

LUIS ALBERTO CRESPO

Yo te pegaba encendido, con una furia exacta de madre en la correa,
hijo mío de embuste que inventaba de golpe yo y porrazo en la pared,
para vengarme de las ¡vaya palizas! de mi madre / quién dijera,
por mi bien que bien me daba mi madre / si supiera /
al árbol torcido que enderezara jamás.

Y te inventaba moqueando de gemir qué bravas injusticias en
[medio de mi llanto.

Y eras la pared a mano convertida a juro en compañero,
sobre la que descargaba furibundo yo mi látigo y te daba
igualito los sermones que me daban
y toda mi rabia entonces se desataba en ti:
poste de una esquina, blanco del desquite;
puerta de escaparate atravesada,
palo de escoba o de haragán tú eras, por el medio, que partía.
En todo te convertías / madera de mi furia,
pañó de lágrima al lamento que acababa,
serenándome a la larga ya de tanto correazo

manotazo

coscorrón.

Porque no quería aprender a multiplicar como debía la tabla
[bárbara del nueve.

Porque no conseguía debajo de la cama
el compañero izquierdo de mi otro ortopédico zapato en un descuido.
O / a lo mejor / porque volvía
de la calle con un vuelto fallo o la rodilla rota o la camisa
con un botón de menos la traía.
O con un morado enorme regresaba de un traspiés.

Digo yo por eso, por mi bien, que recibía
merecido aquel castigo por el patio,
por todita la casa en estampida,
con los palos de la rabia por detrás,
perseguido por mi madre hecha una furia una medusa / quién la viera
transformada en un verdugo con rollos en el pelo y en la mano el
[cinturón.

Y tú me recibías ubicuo, el solidario,
lobato siempre listo donde quiera aquel consuelo
sanasana

abracadabra

guarimba

cielo

culito de rana compasivo por la espalda en la caricia,
socorro a punto en el bolsillo duradero de la nalga con dolor,
soportando fiel donde quisiera
mis mentadas de madre por lo bajo,
mis burdas palabrotas entre dientes,
sin que nadie supiera / sino tú.

IV

*Haces de cajón de los remedios,
de bacinilla, la pimpina y la ponchera eres tú,
el agua.*

LUIS ALBERTO CRESPO

Las que siempre terminan por sostener el techo en la penuria bajo
[los palos del agua,
las de brazos como vigas,
como mástiles los brazos, como horcones lavanderas
empinadas, las mujeres,
las mujeres de la casa son el alma / el tentempié,
de repuesto la madera siempre como tranca que se toca / que bendice,
defensoras del postigo y de la mata de zábila en la puerta,
y de la palma bendita en lo alto de la cruz.

Las duras platabandas que espantan la intemperie que llovizna
[cuando brisa
y cargan con el peso de la casa cuando el sol se mete
para que el cielo entonces no se nos venga encima,
mientras tienden las cobijas en las cuerdas de colgar.

Las que arden con la lámpara en el cuarto
junto al pecho de uno, acoquinado,
cuando nos quiebran esas asmas severas el gañote con martirio,
que en el solícito mentol de su quehacer alcanforado de esclava
[cabecera y abanico,
con el tibio *Vicvaporú* en el humo del que tiembla en la camita le
[hacen bien,

porque amansan esos sustos del ahogo en la cercana muerte que aparece
del niño / con un *duérmase mijito*,
con un *sí dime cariño* / un *ya está bien*.

Fidedignas de nombres socorridos:
lupes panchas lauras ligias / *manijitas* santas de llamar
que esparcen tanto el incienso de sus risas
en tiritas módicas de aprecio,
o en el piquito que nos dan de un beso,
por las mesas de noche atiborradas, cada vez.
Y con las cucharitas untuosas de jarabes a la mano y la Emulsión de
[Escot en la repisa,
tan a tiempo ahuyentadoras de la tos, cómo es que son el tilo tibio,
profilácticas temibles
pedagógicas devotas
cielo atroz.

Son lo que son por fin y es tanto,
que quién se sostendría aquí dentro si no fuera
que por encima del polvo que se aferra a las gargantas los auxilios,
los puñados tibios del ungüento le amanecen por doquier.
Sin abuelas digo,
sin nana o sin poltrona qué se haría,
sin su buen montón de primas y sin tías ni miradas,
sin esas taimas manitas de la hermana o de la madre,
guarimbas de resguardo de Dios cuando eres ere y ya te dan.
Faldas mansas que dicen cabelleras protectoras,
que se van apilonando estambre a juro de quererlas tanto,
con el corazón de uno / empalagado hasta el antojo con su amor.

V

Nunca supe cómo matar una rata con todo este miedo a cuestras por
[el mundo,
cómo prepararle la trampa en arduo queso sigiloso a la alimaña,
si el día en que empaté unos cables, asombrado como un necio,
hubo un cortocircuito torpe en el televisor de consola *Admiral* de
[mi madrina,
y un escándalo de padre y señor mío familiar y un zaperoco,
y un *trágame tierra* de pasmo en la vergüenza,
y un miedo al ridículo u horror de *ahora qué hare*.

Que inútiles se me quedaron tensos, por los siglos de los siglos,
los dedos puestos sobre un alicate de por vida en una mueca.
Que un tornillo suelto era un reto entonces para mí,
que un bombillo que cambiarle cielorraso arriba al comedor era una
[hazaña el alto techo
y amanecer pendiente de algún fanático quehacer
una obsesión de niño sin qué hacer, precisamente.
Pero aprendía a dibujar entretanto en mis cuadernos aplicados,
con qué felicidad de *hijito mío* sin desliz, con qué entereza.
Con qué destreza de lápiz Mongol que, a menudo, o de Mirado,
me llevaban la mano de la mano sobre el activo papel.
Y óleos ufanos a los trece años. sin escuela, el amateur sobresaliente,
castillitos en el aire sus primeros balbuceos, ya un primor.
Menudeces, tantas cosas, del que ya y que artista con futuro:
el pequeño lívido / pintor prometedor.
Pero nunca así cómo arreglar el motor de un tren eléctrico o un radio,
ni una plancha descompuesta ni una lámpara de pie,
ni un sócate ni un suiche / ni un tapón siquiera / el haragán perfecto,
consentido Lorenzo / en la espalda del sofá.

Hice progresos, así, para los menesteres del papel, hoja tras hoja,
con estas manos cejijuntas de atenciones
sobre la pulcritud de un block Caribe encaramadas coloreando:
que con hojas de papel cebolla intercalaba / mis orgullos en un cuadro,
para mostrárselos después yo, tan feliz:
maravilla en el dibujo, los matices, me decían,
de mi caja de creyones, de mi acuarela infantil.
Pues mi única mugre fue la de los colores apestosos de la témpera,
las manchas del óleo caro o el sudor
de tener que repetir como setenta veces
el ejercicio de piano más difícil de este mundo de cultos embelesos.
Que eran del arte, al fin y al cabo,
las únicas ampollas de mis dedos largos de atinado patiquín.

Primor de Prismacolor, entonces.
Nunca un destornillador, ni una segueta, ni un taladro
en la mano, ni tampoco un berbiquí.
Y aquellos músculos lerdos, pequeñitos,
que, ayudando a montar un caucho en la cuneta,
se sentían Hércules felices,
Maciste contra un monstruo, un Atlas,
tan fuertes, así, como Tarzán, como el que más, como el que mucho,
saboreaban la nostalgia de los bíceps poderosos
de aquellos que cargaban ladrillos en el hombro,
jovencitos de doblados cuellos, tan en bruto,
bajo aquellas latas de manteca Diana de quince kilos cargadas con arena,
vendedores de periódicos,
repartidores de refrescos *Dumbo* / *Grinespó*,
multitud de manos robustas y de espaldas ambidiestras
que, a mis ojos de lento artífice del trazo,
con la lengua afuera ensimismada y la atención minúscula perdida

sobre un paisaje de río con samanes que copiaba / de algún libro
[de Cabré,
resultaban, en mi asombro, personajes de delirio, héroes a diario,
de bravas fortalezas infantiles caballeros.
Para futuras proezas de destreza, entonces,
la madera que tenían yo observaba,
y esa anhelada majestad del palo de hombre que no era, con qué rabia,
que no fui.

VI

*mi padre me quiere mucho a mí...
mi padre ebrio es lo mejor que he visto...*

CAUPOLICÁN OVALLES

Y me queda mi padre, en su hueso de escribano,
estudiando administración de noche en noche,
y enormes libros de contabilidad bajo los brazos,
mientras se arremanga los almuerzos por ahorrar,
burócrata puntual de un ministerio,
que diariamente se desvive en su oficina,
desde las ocho hasta las doce
y desde las dos hasta las seis.

No para nunca en su casa este señor entonces,
y raramente puede jugar al escondido con sus hijos tan siquiera,
si es de golpe y a deshoras que lo ven,
en ese instante de botones urgentes, por ejemplo,
exigidos a la madre con prisa de aguja volandera;
en la ropa de diario de económico dril que se almidona,
en los cuellos percutidos de sus camisas Manhattan,
en los pocos casimires del escaparate matrimonial.

Si en las sopas sorbidas a empellones por apuro,
en el *ya me voy se me hace tarde* de cada mediodía,
es que se dan cuenta de que anda por ahí:
que se lleva por delante un florero de Murano
y nos deja los billetes en la mano
para pagar la cuenta de la luz.

(Señor de la quincena,
obligado caradura del fiado en la bodega,
que nos daba, religiosamente,
el real de la merienda,
la bendición de un tiro
y la firma en la boleta cada mes).

Por eso,
cuando en diciembre le da por beber / a este Lorenzo Parachoques
[de la casa,
y se pone de golpe hasta cantor,
quiere mitigar, de boca, en un segundo,
toda esa diaria ausencia / con una perorata infinita de milenios,
con palmadas en el hombro y bocanadas
de *White Horse*.

Y se convierte, entonces, con tanto palo encima,
en un piropeador de Dios me libre, en un cohete
que estalla cuando suena el cañonazo / como un loco dando abrazos.
Y hasta baila y se enternece y amanece.
Que, de puro bienmesabe, su mirada nos envuelve con su miel,
como, cuando con menos angustias en la casa,
sobre la primera página de *El Mundo*
aprendimos a leer entre sus piernas.

Hay amores que nunca en la vida

Siempre se vuelve al primer amor.

ALFREDO LE PERA

I

A Felipe Sangiorgi

Yo no sé qué traían de apuro aquellos papelitos tuyos,
Milena, aquel sofoco envuelto / aquel jadeo de venir,
aquel *que vengas* que me enviabas, firme y neto,
doblado en una tinta rara de orden y de ruego, yo no sé.
Yo no sé Milena, si, apenas,
entrando en mis trece era que entraba
por esas puertas a las que luego me arrastraste tú con tu insistencia.

Si apenas bozo, ¿no lo ves?, y una pelambre turbia
entre los muslos turbios me crecía apenas,
y una efervescencia ya no niña me empinaba,
y una tierna dilatación del labio / y un descalabro
de la sangre toda era que había,
aunque jugaba todavía / con dulces ademanes de colegio en un
[teléfono de lata
sin saber para nada / nada del amor.
Y me acostaba temprano / niño circunspecto,
todavía con la madre miel del mimo en el abrazo y al acostarme un
[*amén.*

Que buen pavor debían darme entonces aquellos mensajes tuyos,
apuro al *puro-puro* que yo era:
esos rudos *te quiero* / *no te olvides* que asustaban,
esta noche ven / *te espero*:
el porche abierto,
las estrellas,
ya verás.

Miedo a irme de boca a la primera y de tu brazo por ahí tenía,
y te temía / Milena.
Te temía, y con razón.

Temía tener que escaparme aquella noche después de la comida
o eran tus ojos o tus brazos de amenaza o de promesa, yo qué sé.
Tener que inventar de repente que salgo.

Que, *sí mamá, ya vuelvo, es el calor* y andarme,
como quien no quiere la cosa / silbando
por esas aceras llenas de señoras,

sentadas en sus sillas frente a las puertas de sus casas,
y los muchachos que juegan *pisicorre*,
chapita contra un muro, abollando camionetas.

Y yo que paso / yo que escurro el bulto hacia tu casa y tu puerta,
con tanto nudo en el aprieto de ir.

Y tengo miedo, Milena.

Miedo, querida, de no saber qué hacerme en estos casos,
de no saber dónde poner la vista, dónde,
dónde dejarte quieta o simplemente cuándo
decirte que sí / que yo también / que a lo mejor te quiero,
que toda esta sangre hirviéndome a millón como el agua en un

[radiador recalentado,

es lo que llaman amor / lo que endereza,
lo que hace crecer el bigote / lo que empina,
lo que en la noche no deja dormir y llena
de un peso, por Dios, Milena, que avejenta,
que hace alargar de pronto pantalones y hace ojeras,
ser hombre que *puja, pero no llora* y no sabe
a dónde irse con su música a otra parte, espabilando,
con los pies paralizados de puro andar de tartamudo tropezando,
con las manos duras de no saber cómo tendértelas,

erizado de golpe hasta el tobillo por haberte visto no más,
por haber comprendido, así, de un salto / sólo con verte,
sólo con ver mi turbación bajo el bolsillo pálido,
qué era por fin lo que querían aquellos papelitos tercos,
la rabia que decían por no verme / aquel apuro,
aquel deseo loco tuyo porque fuera,
que *sí, esta noche, en el zaguán* / los patios / Maturín / aquel helecho,
la mata, Milena, de tu pelo, como de madre largo,
tu risa, tus ojos / qué sé yo / también tus senos,
la arrogancia de haber sido tú la que me echó los perros / la avispada /
tú primero,
que me lanzaste el carro a mí / desprevenido.

II

A Igor Barreto

Y que por un libro era que iba,
a hojear revistas que jamás en mi vida iba a comprar,
porque *para qué*.
Y a preguntar por algo que sabía que no iba a haber sólo por verte/
[era que entraba,
y que a mirar un bolígrafo o la pluma fuente ésa,
(y que *qué desea señor*,
y que *no, nada; sólo mirando*)
porque era de tus ojos negros de los que yo tenía
un capricho enorme y un antojo,
una necesidad necesaria de pasar y de mirarte ahí, siempre ahí,
en esa librería de Chacao a cada rato,
donde tú vendías cualquier cosa,
lo que te diera la gana, con sólo mirar,
atendiendo a aquella *pila* de niñitos comprando suplementos o
[pelotas de goma,
señoras preguntando por el metro de entredós,
la *maybellina*,
la leche de magnesia,
el *cafenol* o la *yilé*.
Porque también era una quincalla aquello,
y se reparaban instrumentos de música en el fondo,
y había medias para caballeros y botones,
y se zurcía invisiblemente,
y se ponían inyecciones, además.

Y yo,
que qué iba a estar necesitando nada de esa tienda,
sin embargo, iba.
Miraba encantando en las vidrieras
los pocillos de peltre,
los juegos de ludo,
los suplementos de a real y medio de la Editorial Novaro de México,
(tanto polvo sobre el hule y los cortes de tafetán).
Y sobre todo te veía,
por encima de aquella revista vieja llena de puras fotos de nobles
[de España y de Inglaterra,
y tú me acompañabas con los ojos,
sin que la dueña se diera cuenta de que me la pasaba siempre
[como lelo,
sin decidirme nunca por nada y sin comprar.

Aunque el Día de las Madres fuera distinto y sí comprara,
y tú me dejaras hacer con tus ojos lo que yo quisiera,
silenciosamente,
porque tenías entonces
todo el tiempo del mundo para atenderme a mí, que te miraba,
mientras sacabas de aquellas vitrinas relucientes,
algún costurero repleto con hilos Elefante de todos los colores,
alguna cajita de música con su minué de Mozart / su eterno
[Para Elisa,
o aquellos jabones de olor en sus estuches
de mica, de fieltro y de tisú.
Y tú ibas después y me envolvías el regalo,
echándotelas de mucho,
con tus manos sabias de andar empaquetando cuadernos todo el día
o vasos para wiski sobre un anime largo envuelto en celofán,

y el mejor lacito que encontraras para el mío.
Y te cobrabas.
Y yo me hubiese quedado toda la vida sin recibir aquel vuelto,
retardándome a propósito,
deseando que un diluvio / Dios mío /
no me dejara salir de ahí en toda la noche, por lo menos,
nada más que por estarme quedando para verte
aquellos tremendos ojos tuyos que eran míos,
de mi propio capricho y de mi antojo,
de tantísima belleza de mirar.

III

A Lola Lli Albert

Dos corazones tomaditos de la mano,
de paseo los domingos por el Parque del Este o Los Caobos,
hubiéramos podido ser –de escandalosos embelesos–
dos tímidos enamorados pico y pala,
llevando su amor hasta las últimas
consecuencias del amor en cada beso
por la grama
sin ninguna
consideración.

Con hormigas y todo,
novios de cariño limpio y puro
hubiéramos podido ser,
buscando / el momento más oscuro de los cines
para hablarnos,
para darnos el más dulce de los besos,
para ser como esos
que, llenos de pañuelos,
parecen anunciar un circo con sus ridiculeces
y comen algodón de azúcar como niños
y paladean cotufas con sabia impertinencia
y se abalanzan en amor como unos burros.

Haríamos la cola del Cine Olimpo apretaditos,
(y que para ver una película de monstruos japonesa),
y pensaríamos, con nubes en los ojos,
en soberanas tonterías de futuro entre dos seres:

los hijos
 la casita
 los deberes
 la pensión.

Y ya de vuelta, haciendo alardes con un pito,
esperaríamos el autobús pegando gritos,
saltando como locos en un pie del puro gusto provocando al policía,
con todas las monedas del bolsillo equivocadas,
y unas ganas terribles de pegar de pronto un alarido,
de andar soltando globos desde la ventanilla dondequiera,
y de escribir con espray en las paredes
que los dos nos amamos, con letras gigantescas,
desde Chacaíto hasta Los Ruices por lo menos,
y seríamos capaces de creer que la sirena
de los bomberos a lo lejos aúlla por nosotros,
y que este estruendo de bocinas no es del tráfico atascado
frente al Centro Plaza al mediodía, por ejemplo,
sino de una caravana que celebra,
por todita la Francisco de Miranda ese domingo,
el anuncio oficial de nuestro amor así.

IV

A Alejandro Rozitchner

Pienso en esos tíos míos de otro tiempo,
tratando de olvidar despechos en las vespertinas del Rialto,
con una película de Tarzán o de Resortes;
tratando de ahogar sus lágrimas en la catarata sonora de las rockolas,
oyendo a María Luisa Landín o a Vicentico Valdés / para olvidar,
para olvidar y no dejarse golpear así no más por la vida,
para darle frente de algún modo, entre rones y tercios,
averiguándoselas como podían,
para olvidar.

Pienso en esos viejos que alcanzaron a ver los tranvías
y el Hotel Majestic todavía en pie,
y cómo me veo repetido hacia atrás en el tiempo,
cuando me refugio en un cine / como ellos
para olvidar también yo mis despechos / y fracaso
también como ellos fracasaban y perdían,
en la sala del Ayacucho / en la sala del Principal.
Porque, aunque no quiera,
te llevo / como una rémora en la vida,
te voy llevando,
y sobre los ojos de los protagonistas
veo tus ojos sobreimpuestos / tu imagen siguiéndome,
y en esas bocas extranjeras veo tu boca,
que me habla en perfectísimo inglés y que me besa
como en las películas de guerra, los soldados,
en los muelles de bambú, besaban a las geishas,
en la primera noche de ronda que tenían,

después de la batalla ésa en que morían
no sé cuántos alemanes / japoneses
(submarinos que estallaban / cataclismos de peces),
y regresaban triunfantes / siempre los otros
de El Alamein lejano o de Sicilia.

Así fracaso yo / que no te olvido,
ni en los cines,
ni en las tristes rockolas de los bares,
ni en los tristes tocadiscos.
Ni escuchándole decir a Tito Rodríguez
que *el que se fue no hace falta*,
que *hace falta el que vendrá* / y que ya no me importas
tú / pero, mentira.
Si de nada sirve Cheo Feliciano
para ese olvido que no quiere darse.
Si hay amores que nunca en la vida / si hay amores.
Y lo mismo que esos tíos míos,
solteros o viudos o casados o muertos,
no te olvido yo / como no pudieron olvidar ellos,
a pesar de las películas de Arturo de Córdoba
y de las canciones de Toña La Negra,
porque en el fondo no querían,
así como yo no quiero.

Me están doliendo, de golpe,
 todos los goles juntos que no metí
 (ineficaz defensa siempre el último de la hazaña imposible).
 Me están doliendo todas las cestas que perdió mi mala puntería,
 los balones contra el tablero escapándose del aro,
 dando siempre más allá y equivocándose,
 fuera de sitio siempre,
 como el rebote loco mío de no parar nunca en ninguna parte,
 alorado de estar viendo una pelota traicionera,
 sobre la mesa de ping-pong, para fallar.

Fue, con embargo, luego, que afirmé
 mi fama de *cuatrojos* / perdido para el músculo,
 mi lujo de veintes y medallas
 (victorioso fin de curso sonrojado) / siempre fui
 el de la manada de los otros / de los raros,
 que sólo competían para vencer en un examen de álgebra o tenían
 la mejor letra o aptitud para el dibujo / nada más.
 Porque en lo demás siempre perdían,
 los que, a juro,

en el recreo

sin acaso

se llevaban perturbados las manos a los bolsillos en silencio,
 pasando el trago amargo del acné y de la primera esperma provocada
 hablando de trigonometría con otros o de Hesse
 (las novias que tenían se les iban / irremediablemente
 con aquellos atletas que se paraban firmes de cabeza
 y escupían luego sobre la poesía,
 y no sabían tranquilamente / nada de Kafka ni de Poe),

tarareando la canción de *Melody* mientras los demás sudaban rudos
sobre las paralelas en los patios,
sacando desde el extremo de las canchas, con brazo perfecto,
un balonazo exacto de remate que decide el juego a nuestro favor
y resulta en beso de muchacha y gritería,
en héroe del colegio ungido en los vestuarios después de la victoria,
los curas felices con aquellos futbolistas bravos:
los Font / los Cavero / los D'Elia.

Algarabías como éstas / brutas,
son las que me están doliendo:
como caerse de la bicicleta frente a Laura y mantener
la fama de enclenque / patizambo, a toda costa,
con rotos siempre molestando en las rodillas.
Pie amellado desde el kínder para el chute,
ponchado
 (de bolas)
 puro strike
 (tanto hit perdido a la carrera).

Que no atinara un salto yo,
ni un lanzamiento de disco o jabalina y me quedara
con estas manos en el barro de no haber sido el arquero del equipo
[nunca,
ni el nadador estrella / ese rencor
de haber estropeado tanta vida,
por escaparme de tarde a leer *Demían* con los ojos extraviados,
enamorado de uno como él.

VI

Este soy yo a los nueve años de mi vida al lado de mi hermana,
que lleva oronda su belleza a la cabeza desde niña con pollina,
junto al fulano de tal ése que yo era por entonces Rafaelito,
el que siempre está muriéndose de risa y dale-dale en zaperoco el
[boquineta,

primo de primas Auras, Milagros y Arelitas,
el hijo de Lucinda, que también se llama Rafa, el carajito,
el asustado por el flash de ojos de oruga espabilando,
el mismo y que igualito, el pobre, en parecido a su papá,
mientras mi hermana, que iba apenas ya para los siete y era altísima,
parecía una mujer como de veinte, allí a mi lado, tremebunda.
Segura de sí y enorme, mi hermana Odila se endereza,
como una tía Matilde levantada o Hermelinda de garbo y donosura,
en sus tacones altos de talón en vilo, con rabitos en los ojos y flores
[y peinetas,

con cuentas de fantasía y sortilegios y armadores,
como quien va para una fiesta tan pavita,
con el pelo lúcido de laca y el polvo en la cartera.
Y yo posando ahí como si nada con mi risa,
con mi enano rostro de ser niño a esas alturas de mi vida, tan
[quedado,

que se alegra todavía, por lo tanto, y que se asombra,
por menudos pormenores cotidianos.
Y se ahoga con el asma, el enfermizo,
y, por el miedo a las culebras, se mete para adentro / y a las taras
[las evita.

Era ese tiempo en que, a mi edad de piedra cuaternario,
no había aprendido a elevar un papagayo ni siquiera, tan inútil,
y a lo mejor, en mis bolsillos, no tenía, vayan viendo,

sino unas tristes metras tristes reunidas,
y una pelota roja (tan inmunda) / algunos yaquis pelusientos /
[nada más.

Este soy yo después, como a los once,
en que me dio por ser lobato siempre listo de la tropa del colegio,
y por tener mis propios héroes reciebundos,
del cine y la televisión, El Zorro y El Llanero Solitario.
Y como avisándome a propósito de ese brillo falso de intelecto que
[tendría,
mis ojos parecen entonces tan agudos y tan serios,
como dos necesitados bizcos de sus lentes para ver,
con mi bozo incipiente, escasísimo, simbólico,
menudo bigotico que me nace para burlas por doquier,
para darme, así, ese aire apresurado de señor
que tiene pinta de jugador de básquet por lo flaco
y manías de sabiondo, sin saber nada en realidad.

Este soy yo después, quién sabe cuándo,
en esa edad imprecisa de los quince para arriba en que uno cae
como en una manía de odiarse porque sí y creerse un monstruo,
y le da la razón uno, después, a las muchachas, resignado,
que desprecian y te tiran el teléfono, malignas, en la cara, en tu
[nariz propiciatoria,
y les dicen a sus madres que las nieguen, o al servicio,
que *para ese tipo no, di que salí, se está bañando*, dejan dicho, por
[ejemplo, las ingratas.

Y prueba el cigarrillo, entonces, tosigoso,
y hace su primer intento de vivir la vida como un hombre hecho y
[derecho,
en una acera: vivo, valiente, como un macho.

Y regresa a pie con el dolor emocionado de aquel peso que le
[mienta una bajeza en la bragueta arrepentida.
Que algo le arde, a lo mejor, le queda ardiendo,
en la resaca de esa ronda de esa noche al pobre puro,
que triste pasa, que triste cruza y, lastimado,
se come el cuento tembloroso de su cercana muerte de tísico, de
[Kafka,

de sifilítico atroz y de perdido.
Y escribe un testamento y reúne sus poemas en un fajo,
creyéndose, sin más, el Maldoror del Conde, el condenado,
[y que maldito,
y un desesperado con causa y un rebelde y un violento,
y un loco enamorado, el propio,
el típico sublime y asocial:
que no voy a fiestas que no voy a misa
que me dejen solo, carajo, es la verdad.
Odio, a todo el mundo odio, amo el encierro, el devaneo,
los tratados de desesperación y otros apéndices por el estilo.

Esa es mi cara de esos días,
de ojos chillones como queriendo ser de llama, furibundos;
la misma mirada airada de Isidore Ducasse con paludismo,
y el *yo te aviso* de desplante de la boca de Rimbaud provocativa,
en medio de una clara fealdad de barba con acné y el pelo a juro
[alborotado.

Mirada de lelo y poseído,
mirada de *mírame cómo me has dejado, corazón, que te miré / si me*
[miraras;
mirada de *mírame cómo me tratas y me dejas, corazón, meditabundo*
cual poeta romántico ramplón, de nervio trepanado y aspaviento,
a punto de cumplir ayer nomás los diecisiete más amargos y más duros.
Caras que tendré y que pondré.

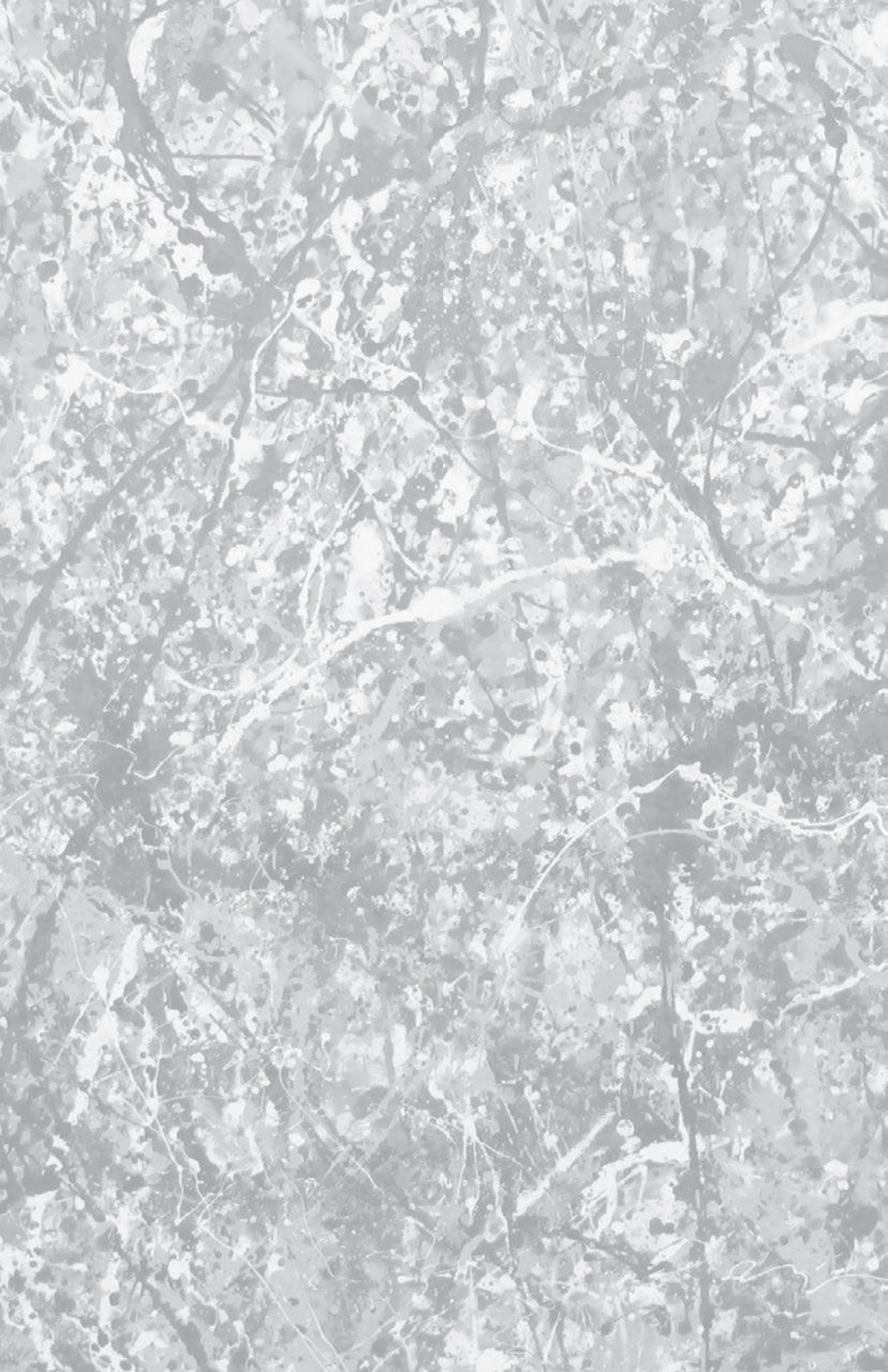
Este soy yo a los veintiuno,
calmo en vidrio miope de mis lentes,
afeitado, feliz, inteligente,
orondo porque escribo y porque leo a Nich.
Porque en esos días estoy enamorado de modo plenilunio,
y mi amor me corresponde con el mismo aliento de cerveza almibarado.
Que noches de verbena de colegio entre las piernas de la cama
[y el amor nos acentúan.

Días de gozo Bécquer y de dolor más Bécquer todavía.
Que a lo mejor no vuelven un carajo las oscuras golondrinas,
porque ahora, corazón, ya tú te has ido,
ya no estás más a mi lado corazón, etcétera y etcétera.
Y qué foto ni qué foto, corazón, ni qué retrato,
ni qué instantánea Polaroid de mis tormentos,
ni qué mirada fija ni que beso,
ni qué figura mía cuando niño, esperanzado, de metódico en su limbo.
Si despechado es lo que estoy, y de qué modo hasta lo cursi
[se me siente,

que ni con el favor de Dios, ni con Mandrake El Mago,
ni con una buena tanda de boleros y boleros,
yo me curo, corazón, del timbo al tambo.
Si por eso es que salgo tan horrible en estas fotos de lo último, apocado,

como si retrocediera, sonámbulo, en el tiempo,
y no tuviera vida, corazón, por tu abandono,
ni ganas, ni nombre,

ni rostro
de golpe,
ni apellido.



ESTACIÓN DE TRÁNSITO

–1992–

Instantáneas y postales

BREVE MEMORIA DE LA NIEVE

I

Me hablabas de Paros,
o de Naxos –pórfido,
caliza o mármol, mar Egeo–,
o de Imbros, algo
de Corinto, algo
acerca de unos ojos azules y mar
violeta, de Salónica
amarilla, de Roma
solitaria envuelta
en la calina de oro
del verano, o de Ampurias
bebiendo
en un mar de rosas, pero
yo pensaba en Noruega,
sólo en Noruega, o Norte,
o, acaso por nieve,
en Nínive,
 Nevada,
 Nebraska,
 ¡Alaska helada!

II

Me hablabas del sol y de la rubia
arena recostada
sobre la tibieza de mares
transparentes,

y yo pensaba en ese solo nombre blanco donde
se cifran el hielo y el mar
dormido que el deseo aclama
como el puerto real de su destino, y pensé fiordo,
costas de Finlandia,
por nieve, de nuevo, en Nínive,
–Nínive blanca–,
monte de hielo,
 ¡iceberg!

III

Blancos
rebordes de recién
cuajado hielo
al pie de elevados
ventanales,
en diciembre vistos,
chez Mme. Emanuelli,
en Florencia: el Duomo
afuera, enharinado,
como un *panettone*
bajo el plenilunio, y Venus pálida
asomada. Soledad.

IV

El ciclista
que en Milán –de hermosos muslos–
atraviesa de pronto la calzada
en medio de la nieve, la tierra
bajo cero, blanca,
y el rastro
dejado por las ruedas en el polvo frío,
como una estela de tinta
en el hielo de la página.

UN POETA EN GIRA POR LAS PROVINCIAS DE SU PAÍS

I

Los poetas,
cuando viajan,
son como hermanos
que el padre lleva
de excursión, y toman
por la carretera como
por un río que los conduce a algo
parecido a la felicidad.

II

Son como niños los poetas
cuando viajan y se asoman
por las ventanillas a respirar
el aire verde y gris de las afueras.
Más allá de las últimas pancartas
donde la ciudad se vuelve a medias campo,
suburbio de industria o basurero,
ellos encuentran el límite dichoso
donde comienza, por un tiempo,
el fin de la rutina,
que aborrecen tanto
como los demás
su oficio cotidiano. Adoran,
como ellos, el turismo.

III

Cuando viajan, los poetas
también olvidan, se deshacen
de pesadas cosas: de un amor
que se fue
y que viajó también esa mañana,
pero en otra dirección; escapan
de la imponencia de un compromiso
molesto, aquí o allá,
una imposibilidad, un reto,
todo, la vida; y recuerdan
el perro que tuvieron
y los tobos y las palas para arena que tuvieron y la vez
que sacaron los pies por la ventanilla
y una hermanita perdió un zapato
que la brisa arrastró hacia la cuneta.

IV

Los poetas cuando viajan
se devuelven en la vida:
así dicen que es la muerte; un viaje
en una máquina del tiempo
en la que el hombre retrocede
—pasa revista—
y ve de nuevo las vacas de su infancia
y las estaciones de servicio de las carreteras de su infancia,
y los puestos de comidas de las encrucijadas de su infancia,
donde conocieron el azar
en las luces de una maquinita de monedas.

WHITNEY MUSEUM OF AMERICAN ART

I

La mejor obra de arte del Whitney Museum
no está en las salas del Whitney Museum,
no es un Pollock
no es un Warhol
no es un Lichtenstein,
es la obra quizás de un granjero rubio de Alabama o de Memphis,
de cualquier parte del oeste o del sur
de los Estados Unidos / extensos y tantos
de Idaho
de Colorado
de Texas quizás
y de una mujer morena,
tal vez de sangre esclava / tal vez de sangre griega,
el agua pintada en los ojos / tal vez como en los ojos
de Greta Garbo / una luz elástica / marina
de Naxos
de Paros
de Imbros
de Corinto / azules,
hija de inmigrantes marinos
comerciantes modestos de New York.

II

Burt Lancaster hubiera podido ser su padre,
alto como un obelisco,
y Ava Gardner su madre,
en el color aceituna o violeta de sus islas natales,
y haberlo concebido en una noche
como las noches de las películas / donde todo refulge,
como la noche en que debió ser concebido París
bajo el cielo constelado.

III

No / no está en las salas del Whitney Museum
la mejor obra de arte del Whitney Museum,
sino en los salones de su restaurante iluminado:
un mesonero que va y viene
con algo de artista en la mirada / con algo de artista en el vestir,
un Gatsby / una palmera rubia que se dobla y va y te mira
y son los propios ojos de James Dean los que te miran,
recibiendo los pedidos del almuerzo,
sirviendo el té de esas señoras / que en la tarde
hablan de modas o de Styron

de Rothko

de Cage

y hacen sonar sus pulseras de metales / sus anillos de piedras
contra las copas / llenas de clara Perrier o vino helado,
mientras él va y viene,
va y viene / como uno de esos empleados de los grandes hoteles,
que pasan fugaces

por las escenas de una de las películas de Visconti
y anota los *tomatoes tuna* y las ensaladas César
y sonríe a cada llamada con su mejor sonrisa.

IV

No / no está en las salas del Whitney Museum
la mejor obra de arte del Whitney Museum,
la mejor obra de arte de todo el arte americano,
sino en los salones de su restaurante iluminado
y es un Gánímedes retirando los cubiertos,
sirviendo cada copa / es una espiga
una rama dorada / una palmera rubia que se dobla
y acaso se llama Allan o David
y se apellida Wilson o Smith,
y no aparece en ninguno de los libros de pintura
ni en los catálogos de las galerías.
La mejor obra de arte de todo el arte americano
anda por el Village
 tomando un autobús
 en Washington Square.

ANTIPOSTAL DE VENECIA

I

Venecia se hunde
bajo el peso / paso
de esos japoneses que pasan / pisan
españoles que posan / instantáneas y postales
alemanes sudorosos
norteamericanos que sonríen
ropa playera
sandalias
sol
y yo no veo el brillo sereno / la bruma clara que decían
los vapores de luz de la Venecia imaginada.

Veo una torre torcida / a lo lejos
la humedad ruinosa que se esparce / lenta
la amenaza amarilla del siroco
un espejismo
nada.

II

San Marcos
invadido por los vendedores de abanicos y recuerdos
se quiebra sobre su piedra
en el agua quieta / verde y sin aspavientos de Venecia.

Los célebres leones de la Piazza / alados
se los llevó el diablo en sus sopores.

Mis ojos no reconocen / la ciudad que soñaban
en ese pobre simulacro de canales y de góndolas.

III

Como verás
no era en esto en lo que yo pensaba
en este hervidero de mercado
ni en estos motores fuera de borda / rugiendo,
ni en esta necesidad
desesperada
de una coca-cola
sobre la baranda negra de un Rialto sin hechizos,
ni en estas montañas de figuritas de Murano,
ni en estas pizzas infames,
ni en este calor.

IV

No encontré en las noches de Venecia / ningún Tazio
ni aún entre los cuerpos de los más apetecibles / muchachos
de los más dados

peligrosos

activos.

¿Qué son / a fin de cuentas

Mahler

Mann

Visconti

frente a esa imagen clara de tu cuerpo / de ti que no pudieron
apagar ni viaje ni distancia
ni pena

desamor

u olvido?

Casi el amor

LE PLI

I

Viéndote salir del baño entre la niebla
que regala generosa al aire el agua tibia,
yo suspiro invocando la presencia
de un milagroso rayo que viniera
a paralizar así tus movimientos
en el mágico momento
de esplendor y humo en que tu cuerpo
entre las alas de tu bata
de paño sin ceñir asoma
en inconcluso eclipse
y la limpia estepa de tu vientre o pecho
cabe un hombro
el labio
la pestaña apenas de una circular orilla, o valle
y bosque y aura y bruma, se insinúan
tras la hendidura de la tela entreabierto por un hado
por fin cómplice que asiente.

II

Que esa hora
en la que el cabello goteante
como un húmedo animal dormido
destilando su carga
en la lenta playa de tu nuca brilla
sobre el declive de la espalda derramado
se detenga y pueda

contemplar yo todavía
a medias liberado,
un poco preso, mas no mucho, así
tu sexo dibujarse en lo entrevisto
de tu piel y el paño, pido, esa abertura
demorada donde la belleza
se regala sin darse
con ese engaño de tiempo
que simula eternidad.

NO COMO LA HORMIGA LOS AMANTES

I

No como la hormiga diligente
que arrastra rama o pétalo –despojos
son a sus espaldas sólidos
tesoros–: una enorme
concha arrugada, resto
de algún párpado de rosa
que fue blanco ella transporta
rumbo a la encallada madriguera;
nervio y músculo, la presa
en alto, sobre las veloces
patas diminutas.

II

No como la hormiga que calcula y viaja
por negocio, y ahorra y labra
el porvenir que no tendremos,
nosotros, que vivimos siempre
al día y dejamos para mañana siempre
el trabajo de acumular abrigo y alimento
para los días venideros; nosotros
que no fuimos hechos sino para andar desnudos
y descalzos por los cuartos arrastrando
tibio polvo de pereza y barba
ya de días y camas sin hacer,
entre platos apilados y escritorios
revueltos; nosotros, inocentes

de toda militancia,
a los que nos será cobrada tal vez
alguna vez nuestra apatía, nuestra torpe
indiferencia y esa cómoda
inclinación por recibir lo que tan fácilmente
nos da Dios como a los pájaros, obteniendo
placer por cualquier causa
o sin razón como regalo, naderías
nada heroicas, exquisitas
indigencias cotidianas que llenamos
endeudándonos o dejándolo pasar.

III

No así la hormiga tozuda que no cesa
y no descansa, huérfana
de ocio en su eficacia preparando
el terreno de antemano
para el día de la helada; la que goza,
al final, de una tranquila muerte
en cálido lecho de hojas y alimento
reunido para el viaje hacia el olvido
en su sarcófago de egipcia, beduina
larga, patitiesa plácida, difunta
infanta serena entre pólenes y ramas.

IV

No moriremos así, tú y yo, desprevenidos,
sin haber asegurado
nada y sin tomar medidas; llamados
a mejor vida por más
hermosa muerte y sin cuidado, acaso
como muere la cigarra por más puro
motivo, o sin razón,
y enamorada.

A ROSE IS A ROSE IS A ROSE

I

Son siempre rosas
todas las rosas; siempre
rosas; rosas son; incluso
las de plástico son rosas,
las verosímiles de lejos
–¡aquéllas que fotografiabas
y exhibías!– rosas
artificiales, rosas compradas
en las cercanías del viejo cementerio una mañana
que tanto te gustaban, rosas
sin ninguna frescura ni fragancia, pero
casi perfectas, me decías, como estatuas; rosas
baratas, rosas
imperecederas –y no
como de Propercio rosas
apenas de una noche–; rosas
para siempre, nuestras,
que el polvo luego cubriría
como a la larga cubre todo; rosa
de rosa piedra, de blanco
piedra tirando ya hacia blanco
hueso o esmaltado marfil granado
con pátina mosquil.

II

Ah, si nuestro amor fuera
comparable a la existencia
de esa rosa sin ínfulas –pero eterna– que no muere,
(de plástico inmortal la rosa
barata atesorada), ¿sería acaso
injusto o loco que deseara
que no muriera él tampoco, o sólo
muy poco a poco,
ni bajo el polvo ni
bajo la traza diminuta
de la mosca que a diario
nos visita, amor, y nos inquieta
con su revoloteo y su amenaza;
y así durara y perdurara,
aunque a cambio de ser plástico,
un poco más, o mucho más,
el amor nuestro inagotable,
hasta el hueso duro de su edad de material
no reciclable, imperturbable él,
como si nada, y puro, con el paso
lento y largo
de los años?

HOTELES DE PASO (CANCIÓN)

I

Vinimos aquí a caer / como otros caen aquí mismo
con el mismo apuro de acabar / caer
sobre este mismo jergón de amanecidos / caídos
donde otros se llueven lo mismo en un relámpago lo mismo
que nosotros / y se van
se levantan y se van como nosotros.

II

Sin tiempo para nada / se levantan y se van
y el portero toca la puerta / para que se vayan
porque es la hora / pues / y vienen otros
y la noche no se da abasto
para todos los que vienen
para todos los que vienen y se van
se levantan y se van como nosotros.

III

Que esta misma cama
la necesitan otros / como nosotros
que se levantan y se van
se levantan y se van
y dejan todo este dolor del mundo al levantarse lo mismo
que nosotros en los cuartos alquilados
en los hoteles oscuros de tantas avenidas
que se llaman Berna / Barcelona
Liana / Myriam
Royal / Vox.

IV

Se levantan en la noche de Caracas / y se van
en la madrugada de Caracas se levantan y se van
se levantan y se van / como nosotros.

Vivir

LE PARTI PRIS DES CHOSES

Rodearse de tantos objetos
para compensar el vacío: nada cuesta
que no puedas
pagar incluso a plazos
con tu sueldo, talismanes
que la astucia y el capricho
pusieron a tu alcance
para no dejarte avasallar; pues la belleza,
el lujo, útiles son como consuelo
cuando la vida abrumba demasiado y falta alguien
a tu lado y una boca
de sombra demasiado oscura se abre repentina
ante ti en el aire claro de la noche
que burlona te sonríe; así la luz
de la pantalla y el sonido de diversos
aparatos eléctricos encendidos a la vez
te reconfortan contra el miedo; así el perfume
de la caoba; el árbol
de Brasil con cuya madera un artesano
te fabricó una cajita como de mármol
donde acomodas tus plumas; o aquel libro
de 1900 y tantos con guardas como de lapislázuli
en interior con biombo antiguo; o la ya vieja
caja de lata de galletas art nouveau con ornamentos
de lices y de lirios que te legó tu abuela o que robaste
antes de la repartición de sus despojos; libros,
libros, libros, como corazas; y cuadros
y fotografías y postales; la butaca

con orejas que cambió de tapicería como de piel al paso
de los años; la lámpara de luz
halógena; la hamaca
indígena; las botellas vacías
de Antaeus, negras,
como estatuillas de exvotos
en las repisas del baño, altar helado; y las amarillas
cartas de póker que acompañan
tus tercetos solitarios
desde la temprana adolescencia, te rodean,
todavía, heredades añejas
y adelantos recientes aún envueltos
por la protección elástica del plástico;
como si únicamente ellas, las cosas,
anuentes, complacientes,
se amoldaran, así, al ritmo
de tus periódicas caídas, bajas funestas,
depresiones, crisis de amor, y sostuvieran
tu corazón como arbotantes sólidos la espalda
de una catedral de frágiles murallas, parapeto
alrededor contra las ráfagas
del francotirador oculto adentro
que amenaza.

CARPE DIEM

Aunque sea un instante soñamos
con dejarnos, abandonarnos
al delirio de que ya
nada nos pesa. Tendidos
bocarriba en la arena ya
no calculamos, cedemos,
nos dejamos convencer por la fatiga
y fingimos
que ignoramos y creemos
que el mundo se somete por fin dócil
a nuestra voluntad. Voy
a sentarme al aire libre en un café, me iré,
disfrutaré de eso que llaman *pasar el tiempo*,
merodearé, tranquilos
cabotajes haré
por estas tiendas, por estas mesas,
contemplaré el ocaso –rosa y cobre–
sobre el negro borde
de los edificios a lo lejos. ¿Quién no querría
ser de vez en cuando esa cosa sólida que vive
indiferente a su propia brevedad y persevera:
ese muro, esa fuente, esa pradera
de luces, el arco de este puente, la pura
redondez de esta naranja despidiendo
después de ser abierta así su aroma
sin preocuparse para nada ya por lo que fue,
de dónde vino,
a dónde irá? El humano
deseo de ser polvo algunas veces

se apodera de mí con insistencia; la idea
de amanecer impermeable a todo compromiso sobrevuela y rehuir
toda responsabilidad de pronto, toda meta, se convierte
en comfortable tentación. A veces
una copa de vino blanco helado puede
salvar una tarde como esta, u otra cualquiera;
puede ser suficiente para atravesar con vida densos
bancos de niebla y evadir
escaleras que dan acaso hacia algún techo
de accesible cornisa donde relucen las antenas,
o a terrazas vertiginosas desde las que alguien
con menos paciencia que nosotros pueda
entregarse sin pensarlo mucho
al inevitable hechizo de la tierra
de reconfortantes brazos, y morder
el polvo de su tibio pavimento.
Para que esto no ocurra,
si, por casualidad, tienes un Valium
a la mano, ingiérelo. Cumple tus caprichos. Sueña.
Darse gustos cada cierto tiempo
para no desprenderse finalmente
de tan frágiles bisagras a la vida, es conveniente
no intentar ya nada por alcanzar un paraíso
a fin de cuentas ya perdido y conquistar a cambio
la neutra sensación de estar de vuelta ya de todo y de vivir
en medio de la impiedad, así la indiferencia.
Descorcha, descorcha la segunda
botella de vino de la tarde ya como si nada y olvida,
olvida la cuenta de tus remordimientos, viejas deudas
que ya no saldarás, mares de cosas
pendientes que deberías

para tu propio bienestar
mantener así irrealizadas. ¿Quién,
quién no querría, por otra parte,
estar en otra parte siempre, en brazos
de playas heladas, por ejemplo,
con bosques susurrantes donde taladre la noche
el aullido largo de algún lobo?
Tener un perro cazador, armar
para la marta cibelina trampas,
seguir huellas y amontonar hojas
con un rastrillo, apalecar nieve,
vadear el río de furia
de desatados elementos, ser
el salvaje atleta
que atraviesa los campos
y acarrea leña y enciende el fuego diariamente.
(¡Oh, Lowry; oh, Hemingway!):
pipa, rifle, caña, máquina, taza
de café. ¿Quién, dime,
quién no querría ser de vez
en cuando una piedra
simplemente, tener la limpia
serenidad irresponsable del guijarro zarandeado
–viento y ola– sobre el arenal?

VIVIR

Sabes que este temblor y esta fatiga
al respirar, sobresalto y desmemoria, –dedos
corriendo nerviosamente sobre
superficies rotas, amarillos
por la frecuentación compulsiva del tabaco–; que la angina
nocturna y el insomnio, cortadura
del mentón mientras te afeitas, las continuas
desazones y perplejidades y comunes
miserias que a lo largo
del día y de la noche turban
tu calma e impiden
tu felicidad, a nada llevan. Que los bares
de ambiente son un círculo
vicioso de la misma gente riéndose
de iguales chistes con igual
desesperación en la mirada
y frío y miedo a los contagios.
Que los libros
no te atrapan, ninguna trama,
ninguna red te envuelve ni seduce
nada, ni Dios, ni culto
ni apetencia deportiva, salvo
el rendirte al sol
sobre la arena del domingo: el apacible
deporte de contemplar los cuerpos
prepotentes en el bronce de la piel y en la implacable
carne sometida por elásticos
trajes de baño de colores eléctricos; que,
salvo eso, ni manía ni vicio,

ni obsesión hay que te sostengan,
ni satisfacción alguna en los contactos: esas cenas
con amigos que prolongan viejas
conversaciones siempre inacabadas, siempre
reanudadas: desamor,
tensión, desdicha, –esto no es vida–, los misterios
de la siempre inesperada muerte que acontece,
o la boda o el divorcio, el libro
que piensan escribir, el viaje
que desearían, con copas
prolongándose hasta el colmo
de la noche, incapaces
de terminar por fin con la comedia. Que nada
tiene esa consistencia de cosa
perseguida en sueños, esa seguridad
material y esa entereza,
esa certeza o forma de la dicha
imaginada tenazmente, el paraíso
perdido del sabio aplomo o la belleza,
indiferente de por sí y escasa, de la juventud
que ya no vuelve, salvo el cuerpo
entrevisto en la neblina
de los baños o el perfume
que despide la piel
desnuda, por sí misma
–entre el vapor y la madera–
dulcemente vapuleada. Sabes
que son treinta años ya de terca
persecución incansable y de intentarlo
todo por sentar cabeza renunciando
a toda ilusión desmesurada,

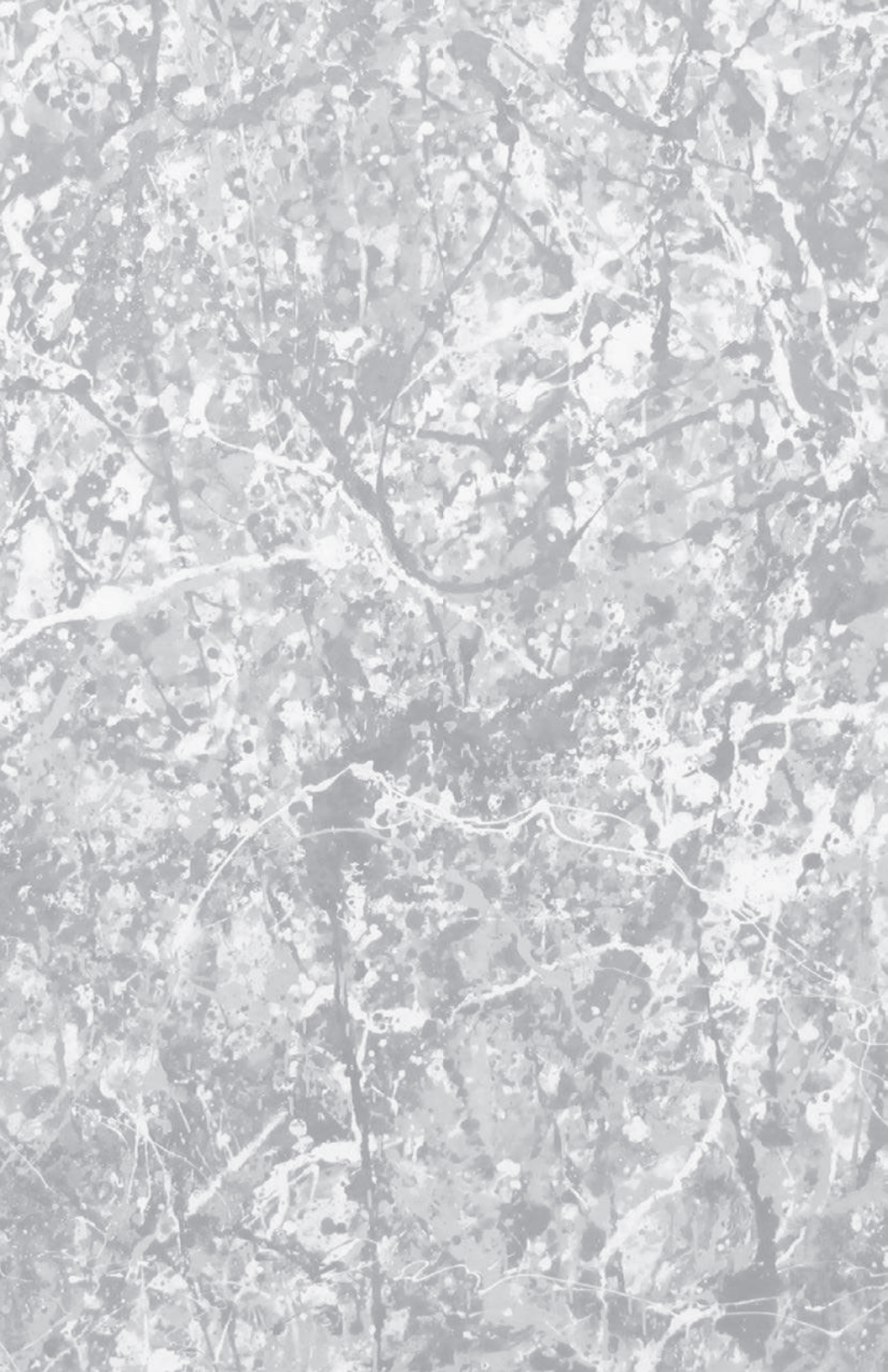
a toda pasión o maldición eternas, delirio,
extenuación o entrega, rebuscando
un lugar de reposo por fin y no la muerte; acaso,
en cambio, como un cuerpo
que te salve así en su ira al desnudarse
juntos para luego
acometerse a dentelladas con tristeza
que desaprendió toda ternura y sin misterio
desahogarse o anularse
a fondo y desquitarse
a puñetazos, ver la sangre
y el dolor por fin concreto
y no del alma o del espíritu y sentirse
vivir: esa batalla
desprovista por completo de dulzura, mas palpable,
que redime
del rutinario temblor y del cansancio
de tener que convencerse
diariamente de estar vivo en esta
larga muerte de vivir.

CONTEMPLAR EL MUNDO AGUDAMENTE NO REDIME

El país más rico del mundo tiene pobres
y hace falta vivir en él
para darse cuenta: Washington
es blanca, como nieve
por cuyas venas corriera siempre fango, dice
mi amiga de Maryland; hay barrios
promiscuos como este pecho, y se señala,
en el país más rico del mundo,
de apartamentos mal ventilados
y bajantes que se obstruyen como en un cuerpo
de venas escleróticas. El ascensor
ya no sube ni baja por la tráquea vacía
donde retumba un eco en la noche semejante
a una taquicardia; sé
que en dos o tres o cuatro puntos
del planeta hay
una guerra distinta desatada
en este instante; ciertamente nada
llegamos a saber de los motivos, pero vemos
famélicos cuerpos de náufragos
en el país más rico del mundo, y ahora mismo,
en los más pobres, vemos moscas
ocupando el lugar de los ojos, cráneos
enormes y transparente carne y no sabemos
si hacemos algo contra todo eso apenas
porque tenemos rabia y apretamos
los puños con inútiles
movimientos de cabeza preocupados; pero,
cuando por casualidad una se corta

afeitándose las piernas, dice,
ya para mí es una catástrofe
la más mínima sangre; en la oficina
no veo la hora de que llegue el momento
plácido –esa luz si es primavera,
o verano– de la merienda
para saciarme, incapaz
de soportar un minuto de hambre en el país
más rico del mundo.
En el país más rico del mundo ni remotamente
llegamos a saber nunca ni la causa
ni el efecto de la furia desatada; la palabra
bombardeo tiene ahora sólo
un retumbante efecto rítmico en la página; ese rostro
abolido una mañana de Basora es, en cambio,
la contrapartida nada metafísica del mundo
que supera siempre a la metáfora, cualquier lujo
de la frase siempre
por debajo de la vida,
o de la muerte, nada
frente al traqueteo de las ráfagas
en la noche arrasada de Bagdad; no basta
contemplar el mundo agudamente y mantenerse
informado, no basta
con formarse una opinión; el sentimiento
de culpa por debajo ronda; apagado,
en medio de tanta complacencia,
el remordimiento frente al hecho
de que nunca intervenimos sobrevive; el tedio
que ocasiona el pensar siquiera
en eso, la desganaada esperanza,

están royendo, socavando
la comfortable tranquilidad, la paz
del alma, en el país
más rico del mundo; ¿por qué
te extraña tanto entonces
que nos tendamos desatentos
en nuestras sillas de extensión alrededor
de una piscina? –¿qué querías?–; sabías trampas
para caer en la benéfica inconsciencia y esquivar
las minas o las bombas de esta o de otra guerra; adjetivarlo
todo, por ejemplo, esparciendo
denso humo tras las cosas
arrasadas, sembrando
sal en la memoria, en el país
más rico del mundo: Washington,
blanca como nieve
por cuyas venas corriera siempre fango; escribir,
llevar un diario, rebuscar
el esplendor en lo huido
del ordinario mundo que se escapa; hacerse asiduo
de un modesto vicio al menos, fanático
de algo, comúnmente
de un deporte, haciendo planes
para las vacaciones venideras, practicando,
mientras podamos,
el difícil arte del olvido.



PARTE DE PIEDRA

-1992-

I

Poema, guijarro: diminuto mendrugo fraguado por el rayo. Lengua de lava que dice su ceniza. Pobre palabra petrificada.

II

Lenta, la piedra madura su paciencia. Sorda. Sola. Avara resguarda
su claro, adentro. Aprende lo hondo. Aprende a callar

III

Piedra del poema: bajo tu párpado apretado, ¿qué sueño, qué memoria, qué palabra contenida que no se dirá?

IV

Que el poema se apropiara de la condición desnuda, maciza, de la piedra. Que llamara apenas la atención como el guijarro repentino a quien lo encuentra a su paso: su aparente insignificancia expuesta sin alarde a la mirada. Y la magnitud, en cambio, de su constancia en pertenecer al orden de lo que dura y resplandece.

V

Trabajado por el agua en las orillas, lavado, pulido por los vientos que lo llevarían y traerían por las estepas del lenguaje arrastrando polvo, el poema viviría en la plenitud de la libertad de no deberle nada a quien lo toma y lo arroja lejos de sí o lo conserva, como un rugoso tesoro de la mano.

VI

Empujado siempre hacia los márgenes, acometido, sitiado, el poema arriba a un lugar que le parece destinado: hijo de grandes moles de palabras, reducido a una porosa forma de la brevedad, sobrevive magro, desprovisto, en su desierto.

VII

Mil veces pasada por agua la piedra resplandece.

VIII

Ciega fuerza de un puño que nada golpea. Cerrazón pura. ¿Contra qué te impones, oscura enemiga, callada?

IX

Era, bajo los olivos, la única serena en el declive hacia la playa que azotaba un viento. Todo bramaba en este acantilado verde de Provenza. Niza ardía, era una tarde. Y la piedra sobresalía confiada. Supe cómo triunfaba de la polvareda entre la hierba arrasada. Y el cielo era su látigo. O el amor.

X

En medio de la semejanza de las fuerzas que nos dominaban, tú sabías disponer de la existencia mejor que yo, y era un enigma. Yo vivía para descifrarlo. Mi palabra crecía al borde de esa destreza de ser que veía desplegarse frente a mí como lo vasto.

XI

Yo te veía dorada bajo su dominio: la luz te prefería por encima de todo lo creado: corría a abrazarte y se quedaba sobre ti mucho tiempo, inmovilizándote, como en el abrazo del luchador mejor que te supera. Eras sólo por su peso que nada te sacaba de tu concentración. Eras feliz. Y querías permanecer bajo su rayo. No te desprenderías fácilmente de su cerco, lo sabía. Le peleabas a la noche el privilegio de prolongar ese esplendor.

XII

Sentada bajo su rayo, pareces condenada a beberte la luz que te fustiga. Y eres feliz, como quien ama y es amado, o desconoce el amor.

XIII

A mí me acompañaba el dolor: era lo sometido. Y en cambio: ¿a ti, a ti qué te acompañaba, dura, que me pareciste de pronto mi enemiga?; ¿con qué fuerza habías pactado?; ¿quién te legó lo exento, lo resguardado? Venías acompañada siempre de la palabra fidelidad como tu nombre. Pero el amor no me fue fiel. Por esos campos.

XIV

Porque no hay nadie. Porque siempre no habrá. La piedra como contraste, en lo que perdura.

XV

Palabras de arena. Paletadas. Toma tu ración nocturna y tritura el grano de la sílaba como una astilla que arde en el entrecejo de un diente. Vaciado, el lenguaje te entregará lo que le reste de sangre. Lo que le reste de sangre será tu perdición.

XVI

El amor. Qué dura breña para nuestro sueño, donde ninguna bestia dormitara. Es más dulce la más dura piedra, y más blanda, que este brezal donde te encuentro y te amo, por celebrarme en las espinas cada vez. Por no dejar.

XVII

Ahora puedo detenerme, piedra. Echarme a tu lado como la ortiga.
Prenderme de ti como los líquenes quemados. Brillar.

XVIII

Hasta en ti, el desgaste es el precio que pagamos por haber vivido. Pero ¡qué edredones los que urdió el viento sobre tu carne!, a diferencia de estas devastaciones tristes sobre la frente del que ama y no es amado. En el brocado que talla el agua en la débil arenisca de tu piel está la prueba de tu magnificencia. En cambio, ¿qué hemos sacado nosotros del dolor sino la ojera cavernosa, o el litigio del nervio con la sangre, o este mar de arrugas y de sombras que ponen en el lugar de tu entereza nuestra decrepitud acelerada?

XIX

Ser como la frente de esta piedra que se abandona a su suerte y viene de ser herida, acaso por un rayo, y persevera.

XX

Comenzando por la piedra, todo acaba. Incluso ella dice adiós bajo el bocado de una ola y desaparece. Así los ojos bajo los párpados.

XXI

En medio de todo era la piedra, como la vida, que el tiempo, lento, erosionaba. En medio de todo era su frente. En medio de todo era su cuerpo todo bajo la mano del mediodía derramado.

XXII

Habíamos llegado a un punto en donde, a partir de allí, ya nada habría. Y nos topamos entonces con la piedra, de repente. Nos casamos con ella para borrarlos. Bajo su peso nos dormimos. Nosotros, los callados. Los que ninguna luz verá ya más sino los topos, los ojos ciegos de la noche, o la palabra eternidad.

XXIII

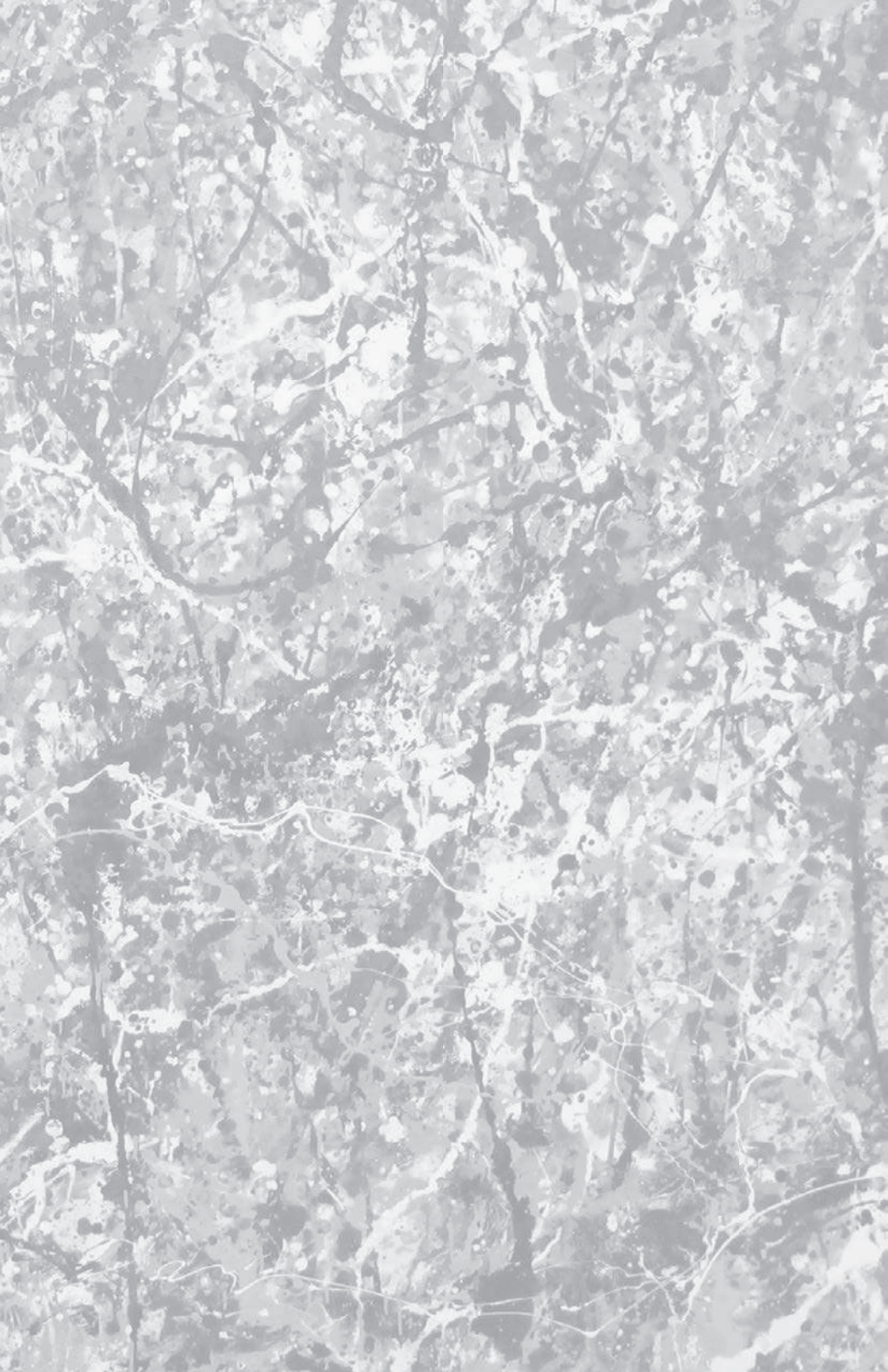
Pero cuando llega por fin el momento de la tregua y cae la nieve sobre ti como una sábana y te envuelve; en la sola hora en que la noche no te despoja por una vez de tus pobres pertenencias en el sueño; como si te regalara alguno una camisa, por nada, y recibieras la gracia del encuentro, asintiendo, como una bendición; entonces, ¿creerías?

XXIV

Parecerse a ti sin ser la muerte.

XXV

Era el tiempo en que venías a verme como el pájaro que visita a la piedra cada tanto. Como la piedra yo esperaba el picotazo, el roce de uña de la pequeña garra para vivir.



MECÁNICA CELESTE

–1992–

I

Si nada se ha de oír, si sólo el ojo es testigo de estos enormes acontecimientos que a diario se suceden sobre la cabeza del hombre, ¿cómo empujar el cielo hacia la página?, ¿cómo ponerse a decir lo que él no dice cuando despliega sus cantos callados en lo alto?

II

¿Cómo sacar partido para el hombre de estos pormenores del aire y de la luz, de estos trabajos de la nube sobre la piel del día a diario?

III

¿Será este el cielo recuperado que me prometía mi memoria del cielo?
¿Serán éstos sus paisajes perdidos que me salen al paso como para tenderme una emboscada en un recodo repentino del aire inmenso?
¿Volveré a caer entre sus brazos como en los del ser amado que regresa después de viajes increíbles si preguntarle nada? ¿Serán estos renglones los indicios de su nombre en alto, vuelto a pronunciar, en mi propia voz, por mí?

IV

Imponencia renovada del cielo ante mí: esta sorpresa de una limpieza repentina del día que se recoge enrollando la luz en sus pliegues amarillos mientras la noche comienza a morder los primeros escalones de su oportunidad. Hallazgo para un ojo dormido que había olvidado la alegría de esta contemplación abierta y sin miramientos. Cuánto tiempo perdido dándole la espalda a este espectáculo infinito, rehecho a cada instante por la máquina del cielo. Día derrumbado que un párpado recoge como un bocado para encerrarlo por unas horas: hasta que de nuevo se levante de su encía para encenderse de nuevo como una lámpara.

V

Cuando el día cae, ¿quién va a precipitarse allí con él para traer a tierra la noticia de su catástrofe, del polvo que levanta cuando se dobla herido de muerte en el último estallido de su esplendor?

VI

Nubes arrancadas con las manos de la tarde de la pared asombrada donde se derrumba pálido este día. Tela venida a menos, ¿qué extraña claridad se asoma tras los pliegues que un golpe ha derramado como un párpado enorme que se arruga? ¡Cielo!, ¿qué hendija?, ¿qué sigilo del ojo agachado para seguir el rumbo de esa luz apenas que se cuela por debajo de la puerta de la noche, ese río que corre, lejano, detrás?

VII

Luz a ratos sosteniendo lo que ya no tiene remedio y se precipita, con pájaros y todo, en la garganta del horizonte vasto y sin aviso.

VIII

Así se sacude el día la luz, como un perro mojado que se recoge para echarse, sereno por lo que la mañana le tiene prometido en los últimos recodos de la noche.

IX

Como un perro que se sacude el sueño y estira el lomo, el día tiembla un momento en el borde de la noche segada y se decide a andar con rápidos talones decididos, cada mañana.

X

¡Bienvenida, pupila! Claraboya del día que bosteza junto a la noche dominada y se levanta la falda de repente para mirar la luz que se arrodilla entre sus piernas como un río indeciso que alguien acaba de echar a andar, allá, con un preciso golpe de llave. ¡Oh, fuente! ¡Ah, exclusas maravillosas que dan paso a la mañana: contrafuertes del mundo levantado! ¡Heredad circunstancial del día vasto que se asoma!

XI

¿Qué dedos ponen esta malla de encaje sobre el cielo quemado para filtrar la luz que me enseguece? ¿Qué acompaña a la mirada allá en lo alto para que una red module el estrépito del aire enardecido con la luz de junio que me abrasa? ¡Ah, pérgola sedosa sobre mi cabeza, como una enramada que allá arriba teje un pasadizo de sombra para el curioso que pasea!

XII

En lo más alto del mediodía algo suena como agua: una corriente fluye entre las copas de los árboles: el viento abriéndose paso entre los dientes de una palmera frente a mi ventana. ¿En qué momento, sin cigarras, el cielo parece que se derrama sobre las cosas del mundo como una lluvia que aclara?

XIII

Acaso cuando la luz es tan potente que el cielo se borra.

XIV

Pobre, desnuda nube inacabada que el viento pule como un hueso solitario abandonado por los perros.

XV

Cuánto regala al ojo que no se precipita, este cielo que madura lentamente su relato: habría que estarse mirando todo el día, cada día, hacia lo alto, para captar la grave sucesión de esos paisajes que, por suerte, se pierden irremediabilmente, al fin, para la página. Maduros en sabe Dios qué pliegue de la memoria, haciendo de las suyas en qué circunvolución del sueño, esperando quién sabe qué para despertarse quién sabe cuándo: así es que puede nacer un poema acerca del cielo, de repente, como una nube, a ratos.

XVI

¡Palabras flexibles! ¡Como en ninguna otra lengua conocida, palabras anuentes, versátiles palabras que no se eternizan nunca en la significación precisa de un objeto!

¡Necesidad constante de traslación y de cambio, de rotación y de parodia de sí mismo! ¡Hambre de fijeza y necesidad de aventura, de deriva y extravío!

¡El cielo! ¡Su alta página!

XVII

Agachadas a veces como al alcance de la mano, ¡qué manera tienen de jugar con el ojo que alucina el aire alto locas nubes que parecen recostar un poco el ala sobre un muro!, ¡qué manera tienen de hacernos creer que estamos de pronto a su nivel, que basta con empinarnos un poco y levantar el brazo nada más para alcanzarlas!

XVIII

Nubes codiciosas, en cerrada competencia, intentan ganar terreno para engordar sus blancos músculos de esponja a costa de las otras, rotas.

XIX

A todo dar, un agua muy viva rebaja al cielo a una triste condición de enorme página perdida, descompuesta por brotes de altas tuberías abiertas que encuentran por fin su sumidero ávido en el aire.

Cuando una densa formación de nubes está dispuesta a ceder ante la luz que se abre paso a través de sus paredes de mota, todo ocurre como si cada movimiento de esos bloques de vapor que se separan despejando campo estuviera calculado: una serie gradual de desintegraciones invade el cielo que se despeja. Grandes placas tormentosas inician largas demostraciones de despojo. Suicidas, hacen lugar a una luz que, rebanada, se acuesta vencedora sobre cada palmo de terreno que la nube de tormenta desaloja. Tras enormes descargas de altos muros nubosos dominados a la vez, el cielo reaparece ante la mirada del hombre en la plenitud de sus más altas facultades de luz. ¡Claro, su lienzo! ¡Limpia su página!

XXI

Regocijo del ojo ante un retazo remoto de azul que asoma por entre la cortina de copiosos órdenes de nubes.

XXII

Nubes voraces en pleno crecimiento; nubes que se prueban a sí mismas; nubes nuevas. Nubes que juegan adoptando diferentes posiciones, nubes inestables, nubes inquietas. Nubes que se atiborran de luz, nubes que se estancan. Nubes que corren veloces. Nubes que se arremolinan, se retuercen, se doblan, se acortan, se alargan, se entumecen. Nubes magras, nubes atléticas; nubes indecisas, nubes sobrecargadas, nubes espesas; nubes que ya no pueden más, nubes que se hunden; nubes muertas.

XXIII

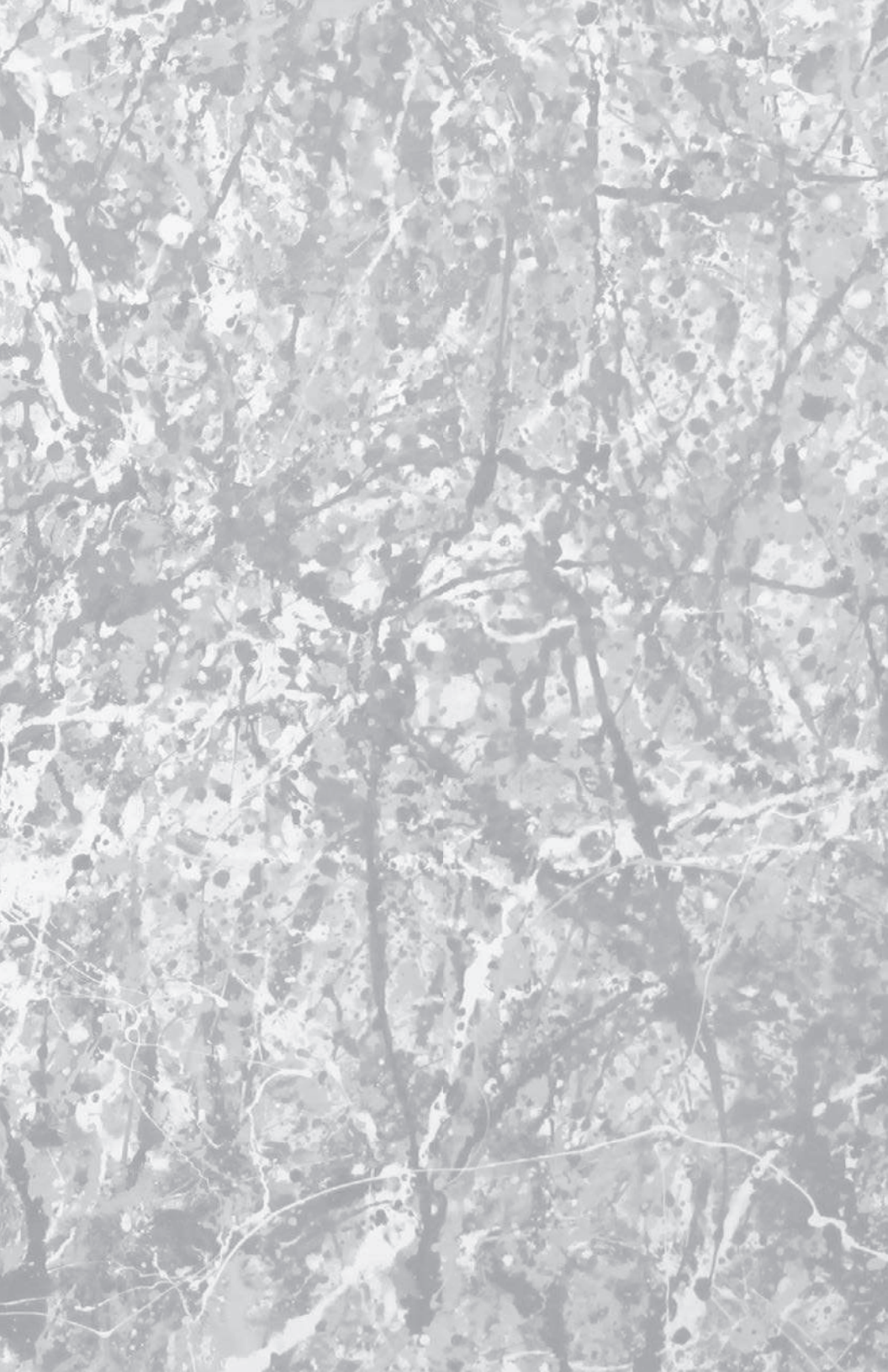
A medida que la nube se desplaza por el cielo va dejando una estela de su propia materia que permanece suspendida cuando la nube misma ha avanzado ya muy lejos. Aplicada con una ligereza que descubre la parsimonia con la que la nube viaja, en vez de ser el ruinoso producto de un desgarramiento, parece el velo de polvo apenas que sucede a una caricia: la mano del viento en su contacto descama con cuidado los velludos espaldares de la nube que pasa, y de ese roce meticuloso y atento sobrevive su huella: aquí o allá va a la deriva, leve.

XXIV

Estos pequeños ventanales abiertos en el lienzo de una nube adelgazada a su mínimo espesor de gasa.

XXV

Mármol alto. Muro del cielo que perdura siempre hacia el final de larga veta bien tramada. Que su jaspe de gases siga hablándole a los ojos con palabras de nube todavía. Frases que se enarcan puras ahí arriba, prometedoras de esa página abierta, enorme, por decir.



PROVIDENCE

-1995-

I

¿Cuándo se hará una pira con estos juncos oscuros y estas zarzas, y despejaremos tu frente a hachazos como invasores hambrientos?

II

Amo la palabra lámpara asociada a tu futuro. ¿No te veré brillar, acaso, bajo las estrellas, rescatada de tus mortajas como una novia nocturna? Rodeada de fogatas, de llamaradas, se encenderá tu rostro cuando se agiten en la danza tus miembros desperezados. ¿No veré arder tus pantorrillas como leños consumidos en la furia de la fiesta? ¿No te veré beber hasta cansarte? ¿No te veré dichosa entregándote por fin al que te desposa, paciente novio que te recibe para renovarse con tu sangre durmiendo junto a ti?

III

Irás despeinada, Providence, desgarrada por el viento. Irás mostrando tus carnes bajo las tablas y el tapizado de flores. Se te verá el alma. Tus cornisas serán como flecos de un traje raído. De nada te servirán tus granitos y tus maderas pintadas de rojo y azafrán. De nada tus pizarras ni tu asfalto. Te veré desnuda, desamparada, desecha, y te abrazaré con rabia, estrepitosamente. Serás mía cuando nadie dé nada por ti. Ah, tu sonrisa, entre los labios agrietados, será mi recompensa, tu regalo de paja, tu perfume, tu desolación.

IV

¿Qué será de ti hasta que amanezca? ¿Quién sostendrá contigo el peso de la noche para que no te aplaste bajo su dominio?

Rosa de piedra: que nada te haga crujir como a un hueso vencido. Resiste. Sírrete de mis manos. Ampárate bajo el puente de mis brazos. Desnuda, sé mía. A espaldas del relámpago.

V

Ha caído la noche con sus fogatas invertidas. Sus mil ojos están contemplándote, Providence, abriéndose paso por entre la espesura de espina de tus bosques. Me guiarán mejor que lámparas sus luces. Hacia tu orilla remota.

VI

¿Cuánto tiempo le has dado la espalda al mar que mordisquee tus tobillos ofreciéndote su boca? ¿Cuánto hace que olvidaste el olor de la sal, el óxido verdinegro de sus algas, la oscura invitación de sus gemidos?

Te veo desde una colina. Como tras un naufragio, tus maderas se pudren en una playa grisácea, llena de arbustos muertos y de conchas.

¿Cuándo te levantarás de tu tristeza, Providence? ¿Cuándo responderás a la insistente sonrisa del agua que te ladra?

VII

Leo en tu nombre la huella de bárbaros marinos balleneros, arponeros
fanáticos amigos del hielo y de la noche.

VIII

Barbas reseca en la cabecera de los bosques hasta el infinito.

Capotas de niebla envuelven a los tristes animales del invierno en su resaca.

Ni un eco, Providence, en la rala espesura por entre la que te llamo desde lejos sin que me sientas gritar tu nombre largo en lo quemado.

IX

El cielo desplomado te embellece, Providence. Te miro cuanto puedo bajo esa luz hasta cansarme. Equivoco tu rostro en su espejismo.

No sé si estás allí en verdad; si eres tú todavía; pero te amo.

Como bajo una lámpara complaciente tus señas ocultas bajo el día reaparecen de pronto, por un instante, y te recobro, pura, peleándole a la noche que comienza ese retazo de esplendor inesperado.

X

No me dejé confundir por tus bosques, que me atraían con sus garras
levantadas.

Buscaba tu rostro en medio de todo.

No era ahí la oscuridad.

XI

Ya pienso en tus encajes, y anticipo las fogatas y el oro que rodearán tu cuerpo el día en que te levantes empujada por el hambre y la sed de tus labios clausurados. El día en que te decidas a robar el alimento que ahora pide tu sangre sin que se atreva a sublevarse todavía. Pero ya pienso en tus excesos, en tus danzas, en tus tobillos desnudos floreciendo entre la hierba.

Sé que no es la hora todavía.

Pero me adelanto a tu alegría al reencontrarte con el mar: tus bodas con la luz, tus gulas animales, los muslos de bronce del calor una mañana, redondos, sobre ti.

XII

El cielo desplumaba rabioso un pájaro otra vez sobre tus cornisas, Providence. Se reía de ti. Calaba hondo en el aire con aquel cuerpo ya helado, le daba vueltas, y esparcía un torbellino de vidrio al borde de tu garganta. ¿No escuchabas cómo traqueteaba aquel alud bajo mis pasos, mientras abría pequeños ríos de sangre sobre la carne de tu nombre?

XIII

Toda esta nieve tendida. Tal derroche de telas para cubrir a la dormida que calla. A la soñolienta. A la hecha de piedra. A la casada con el silencio bajo manojos de zarzas oscuras y de ramas. Abandonada por los pájaros. Pálida. Sin sangre. Desconocida.

XIV

Torbellino de viento, balada blanca para la novia que tiritita.

¿Qué vestidos de lana, qué edredones de plumas habrá que desplegar para reconfortar a la mujer cuyos tobillos se hielan? ¿Qué mantas tupidas, qué sombreros, qué calzados confortables para la prometida que se retrasa, paralizada por una ráfaga de nieve en el camino?

Fogatas por las avenidas, grandes piras para calentar la ruta de la sonámbula extraviada, de la muerta de frío que atraviesa la noche.

XV

Ese blanco, desplumado paraíso degollado sobre tu cuerpo, pájaro quemado, empequeñecido prematuramente desde la esponja de su altura hasta el asfalto en que se quiebra, Providence, su cáscara. Trizas de hielo sobre la cabellera espesa de tu nombre.

XVI

Me iré por los costados. Por las hendidjas donde claudica la noche.
Como un animal encandilado por la lámpara del cazador furtivo,
te atraparé en medio de tu asombro. Nada te hará volver cuando
amanezca.

XVII

Este reposo al que has entregado tus manos, sin fiestas, hasta la renuncia de ti misma, sin la memoria de tus propios sentimientos, te roba la luz en los azogues del mediodía clausurado. Te relega a la penumbra mientras el rayo madura en tus entrañas.

Tu cabellera desatada cae como muerta.

Tus pájaros, dormidos, se olvidaron de ti.

XVIII

Dedos que duermen esperando al río de sangre bajo la escarcha.

XIX

¿Cuándo daré con la vena de tus labios? ¿Cuándo podré arrodillarme, por fin, justo allí donde se abotona tu sangre y despide humo la piedra pálida de tu garganta para tocar la madera de tu carne, bajo cuya costra palpita, oscura, la vida, subterránea?

XX

Tienes la piel quemada por tantas brasas de hielo, Providence. Tu madera oscura, tu costra de animal petrificado relucen luego, cuando todo se levanta por entre las páginas de la tormenta y es otra historia.

He ido a mirar por las grietas entreabiertas de tu corazón hundido el pozo de sangre tiritando al fondo, su espuma callada, todavía viva, para prometerme una vez más la esperanza de tu apasionamiento futuro.

Arrodillado, vuelvo a verte desnuda, dominada por la lujuria de los días calientes; danzando como una loca, sacudiéndote la ceniza de la escarcha; desenredando tus cabellos confundidos con la hiedra, barnizados por el lodo; espantando los zumbidos olorosos del calor.

Allí la primavera; su polen motoso; las abejas.

Lo que vendrá.

XXI

El mar, lengua de caballo, lame tus tobillos de sal, redondos como minas; los araña, se retira a saborear lo que te arrebató entre sus dientes y regresa; su mandíbula insistente es como un canto; nadie se cansa de ese encuentro. Ni tus tobillos, Providence. Ni su amor.

XXII

Si introduzco mi mano bajo tus mortajas siento el hielo en tu pecho, repetido. Pero sé que me escuchas a través del tímpano y la hiedra congelada.

Si mi mano persiste allí abajo, sobre tu pecho, tu corazón terminará por despertar, agotará su plomo y su silencio; la espesura de su sangre será a la larga como un camino de fuego. Algo parecido a un incendio se apoderará de ti desprevenidamente: la fiebre, librándote del sueño, azuzando tu esplendor.

XXIII

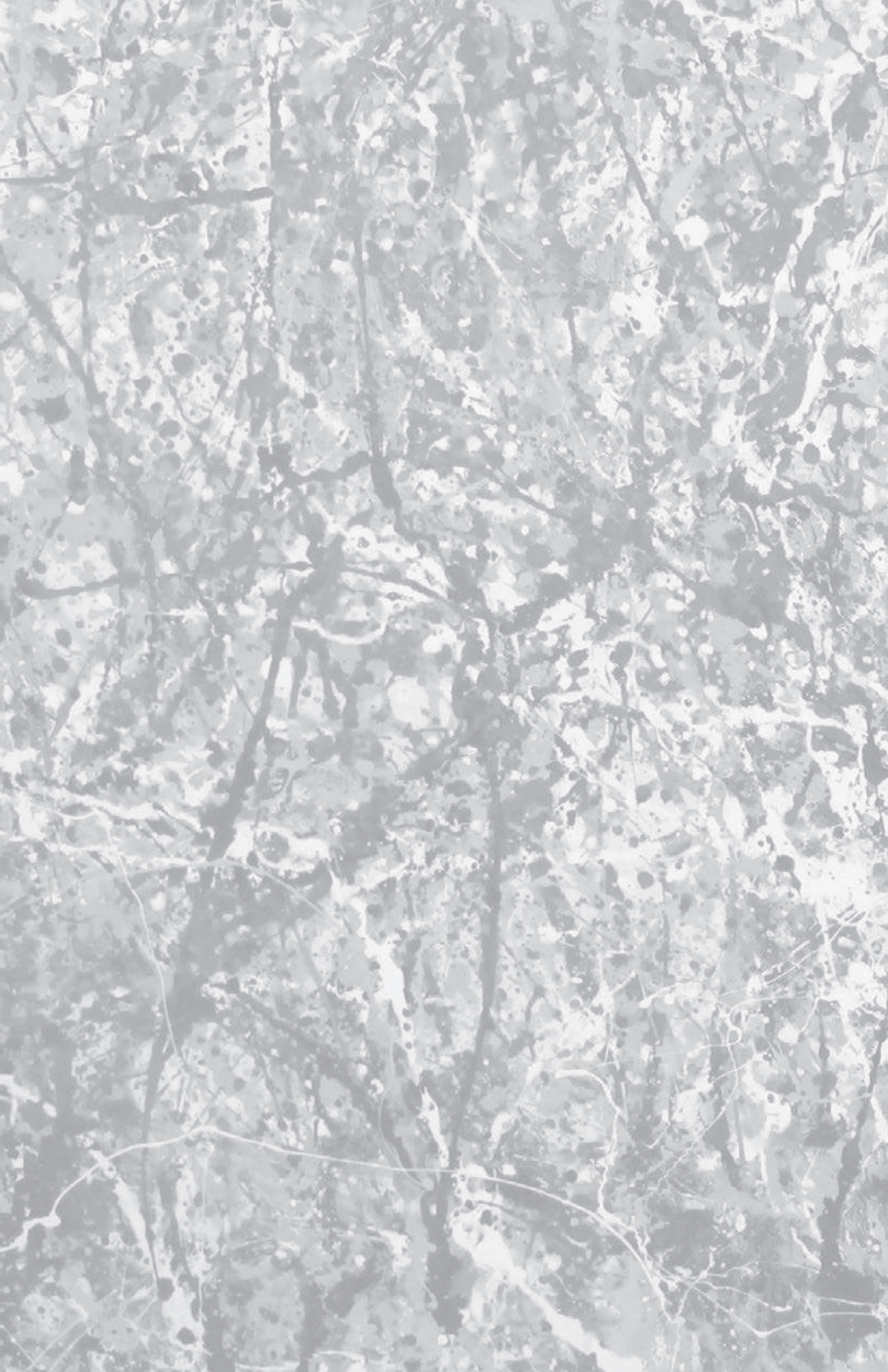
El calor baña tus zócalos. Como si quisieras volver a la tierra, el día hace que el lodo ensucie tu cabeza. Viviré para ver tu labio sobresalir de la nieve, ávido y caliente, a la altura de mi boca.

XXIV

Un día, en el centro del mundo, cuando todo coincida y el sol se
apiade, veré los tallos de tu nombre abrirse; me saciaré en las playas
de tu desnudez llena de aromas.

XXV

Manadas de verde tropezando con arenas de polen y cardúmenes
levantarán tus faldas de madera oscura y tus tejados, Providence, y
enseñarás tus muslos, la piel de tus rodillas picoteadas por los pájaros,
tus tobillos cenicientos lavados por el agua de las playas. Vendavales.
Pleamar.



BORIS PILNIAK, 1938

–1999–

BORIS PILNIAK, 1938

*Quiero trabajar mucho. Tras una larga reclusión me he
convertido en otro hombre, veo la vida con nuevos ojos.*

*Quiero vivir, trabajar mucho, tener papel ante mí
para escribir una obra que sea útil a los soviéticos.*

BORIS PILNIAK

Toma a tu cargo ahora
el peso de esta pena
por la que no penaste y llévala,
llévala con ellos. Mira
en la mirada de esos otros
ojos eclipsados, la luz muerta
en las órbitas maduras por el miedo, y guíalos
hacia donde tengan paz
en su ceguera. Siente
en ti la ola del mal que los aplasta
como una losa
sobre el puente de la nuca y siente
la herida del grillete, barracones
desnudos y débiles lámparas: un barril
donde sumergen cada tanto
la cabeza azorada de un hombre
para que confiese, pasadizos
donde el moho clava
pálido su diente.
Imagina los poemas que escribirá luego
de haber recibido su dosis
de horror y respondido
a los interrogatorios. No hablará,
por supuesto, del agua.

Se concentrará en el cielo, el amarillo
labio de la tierra
besando el techo bajo de nubes; fijará
su atención sobre las copas
morenas de los abedules, pero
del río o del lago, no dirá nada,
como del agua estancada
del tonel donde dos manos
lo obligaban a devorar su imagen
en la superficie de un espejo
que cedía y abría su enorme
boca hacia la noche
profunda de la muerte, unos segundos,
suficientes para hacerle creer
que ya no volvería. Pero
está una vez más ante la luz,
ante las cosas del mundo, de nuevo,
y quiere olvido, nada
que alimente el recuerdo oscuro
del agua en el tonel, e intenta
concentrarse en la verdura
de la tierra imaginando
un planeta sin torrentes,
sin espejos,
sin estanques,
sin toneles. El hombre
de la cabeza sumergida a la fuerza,
que ha bebido a fondo el agua de su imagen
y no tiene otro rostro, prefiere,
ahora que puede, evitarse
recordar.

Recuerda tú por él, para los otros; diles
de la frialdad del agua como vidrio,
de la profundidad del agua como azogue, nieve
negra, del otro
lado del espejo que se hunde; háblales
de los pulmones inundados,
de la taquicardia, del tambor
mojado de las sienes y los tímpanos cediendo
a la fuerza invasiva
del agua atropellada. Muestra
al que trata de olvidar
mientras camina por el sendero bordeado
de hierbas y de arbustos, el lugar
de donde viene, la casa
de su penúltimo renacimiento, su ser
de agua, como pez salvado
en el último minuto,
su origen oscuro de cosa
a punto de morir, amenazada. Tráele,
de vez en cuando, el sonido
del chapoteo retumbando
en medio de la celda, la irisada
revolución de las burbujas
en los bordes, como el agua
que corre por las piedras
del arroyo cercano. ¿De qué
va a escribir si no? ¿De estos
cielos que encandilan? ¿De estos
campos floreciendo? ¿Cómo,
si viene de la muerte? Hazlo
volver cada tanto a su *casi* muerte para

que no muera
realmente. ¿No es
su vida escribir? ¿No era
su último recurso acaso
bajo el agua pensar
precisamente en el papel
que tendría a gusto cuando
acabara todo aquello? Papel,
papel para escribir, hojas
en blanco, y tiempo. ¿No era
entonces eso lo único
que podría infundirle coraje, la promesa
de lo que iría a escribir? No dejes, pues,
que esa promesa muera, que esa luz
al fondo del pasillo, esa
corriente de aire al borde
del último suspiro ceda. Habla,
habla tú por él mientras el agua
sigue su curso y los espejos
reflejan su noche y su silencio
en la memoria de Boris
Pilniak, ajusticiado finalmente, vivo
en la memoria larga del papel.



EL CIELO INTERRUMPIDO

–2008–

Algo me acompañaba en medio del desierto abierto por un repentino pudor en páginas y páginas sacrificadas. Otros habían reducido a cenizas sus legajos, y en medio de los escombros habían aprendido a hablar de nuevo desde el humo. Así nacía para mí la dicha de un claro en la tierra quemada: guijarros tiznados me servían para aprender a escribir otra vez, con tinta magra.

I

Si me dejaras en paz temblando bajo tu rayo. Si no me tentaras con tu luz. Si fuera un árbol desnudo bajo tu arco, una piedra callada, estaría en tu gracia. No serías para mí lo que me reta. Lo más alto por decir como una herida.

II

¿Por qué no me dejas a mi ras, ajeno a tu dominio?

III

¿Y cómo podría vivir sin mostrar que me rebasas?

IV

Alegría de no ser nada para celebrarte y de no merecerme querer
decir tu vastedad.

V

Soy este desierto donde brillas quemándome.

VI

Te regalo lo parco.

VII

Nombre del cielo, dame tregua. Concédeme existir en tu ignorancia.

VIII

Vuelves desnudo como una piedra. Despojado de la antigua propiedad de los adornos que te di.

IX

Se acabaron tus teatros para el ojo. Ya no vemos en tu frente despejada
las tramoyas. Ni aquellos escaparates asombrosos. Caminamos
descalzos sobre tablas recién lavadas.

X

Ya no me verás en el escándalo de la hoguera quemándote alabanzas.
Sabes que me tienes. Estás en mí. Sin la palabra.

XI

Intento una plegaria. Azótame, vendaval alto. Oblígame a callar
delante de ti. Enséñame a vivir abandonándome a ese nombre que
no puedo pronunciar.

XII

¿Qué añadiríamos al mundo que ya no dieras tú con tu silencio?

XIII

Abrí en tu ruina un claro. Ahora vives a salvo de mi adoración, en el yermo de la página.

XIV

Tu nombre es ahora un secreto sin rescate. Una cifra que acaba en mí para que tú seas.

XV

Que nadie distinga en mí la quemadura de tu rabia.

XVI

El desierto es la dicha de someterme a lo que me deja sin voz.

XVII

Temo tu desnudez que me domina. Tu belleza como un látigo que duele.

XVIII

Esperar el borde de sombra donde tu luz se pliega, para empezar a ver.

XIX

Sólo quedó tu nombre de pie, piedra quemada. Volviste a ser desde la ceniza, desde lo borrado, con letra insegura. Una mano inexperta te reescribió en el polvo.

XX

Ahora nos vino el grano de lucidez que podría salvarnos, pero es tarde. Lo que elevamos, contra los altavoces de la curiosidad de aquella gente ansiosa de lujos, se desplomó en lo sordo y ya no levanta vuelo. La palabra nos cobra nuestro derroche y se resiste a asistirnos en el momento en que más la necesitamos. La sobriedad no es nuestra conquista, sino lo inevitable a que nos obliga la destrucción de aquel lenguaje.

XXI

Aprendemos a hablar desde la parquedad de los mendrugos. Palabra magra que ralea en farallones pelados. En su pedernal pulido te reflejas como una sombra. Y te alaba su rabia, sin atreverse a proferir tu nombre.

XXII

El exceso nos hizo perderte. Sobreabundancia sin gracia. Aspaviento. Simulacro. Ahora arañamos una esquina de musgo para encontrar la humedad perdida. Y la palabra nos sabe a tierra, como si naciéramos de nuevo con ella para aprender a decirte desde la escasez. Con rabia.

XXIII

Menesterosos, cuanto más pobres, conocemos entonces la alegría de alcanzar un bocado. Qué valor adquiere ahora el solo vocablo que te dice sin alarde. El terrón que se disuelve sin enturbiar tu imagen en el agua.

XXIV

Aprendemos a levantar la voz desde lo árido. Cielo, cómo sueñas
ahora a dicho terrenal y adusto, a cosa magra, santa, reservada.

XXV

No estamos solos en tu blanco. Donde ya no resuena el tambor de tus relámpagos, ni se levantan ostentosos tus redobles de nubes y drapeados, encontramos la sal de lo seco donde la luz borra todos los agravios.

Desaparecen las letras.

No estamos solos en tu blanco.

Epílogo

He escrito poco más de cien poemas en cuarenta años de persistente trato con la poesía. Me gustaría creer que he escapado, así, a la grandilocuencia. Eso me tranquiliza. La sobriedad, la frugalidad, cierta reticencia elocutiva, me parecen virtudes deseables del buen decir poético. Pero quien lea mis primeros dos libros –que reúnen escasamente, entre ambos, veinticuatro poemas– podría dudar, no obstante, de esto que acabo de afirmar.

Árbol que crece torcido (1984) y *Estación de tránsito* (1992) están dominados por un aliento narrativo de evidente tono coloquial; sobre todo el primero, de verso prolongado, construido sobre la base de un cuento cantado lleno de voces del habla popular. El que le sigue, me parece, ha quedado un poco más depurado en la exposición de lo que cuenta: más universal, menos pintoresco. Pero ambos sintonizan claramente con un tipo de poema que ensayaron poetas como Eliot, sobre todo en su primer libro, *Prufrock y otras observaciones* (1917), el cual constituye para mí un modelo de dicción y de composición. Mi primera poesía está teñida por la contundencia de este libro y por su resonancia en otros poetas, llamados *de la experiencia*, *exterioristas* o *conversacionales*: Ernesto Cardenal, José Emilio Pacheco, Jaime Gil de Biedma.

Mis libros posteriores muestran un talante eufónico completamente distinto. Del verso narrativo y prolongado, entro, a partir de *Mecánica celeste* (1992), en una suerte de fraseo solemne y concentrado –no quisiera decir hierático–, escandido en forma proverbial, con cláusulas exactas. Fueron escritos en una época de contundentes cataclismos personales y en ellos se refleja una aspiración deliberada a la parquedad, a cierta contención enunciativa en la que se evita el relato; aunque, ciertamente, no se lo abandona del todo nunca.

Durante este período, me acerqué, gracias a un maestro muy querido, Alfredo Silva Estrada, a la poesía de Francis Ponge, cuya lectura provocó en mí una intensa compulsión imitativa. También yo quise tomar *el partido de las cosas*: la piedra, la nube, el cielo, la nieve, los elementos esenciales de un *De rerum natura* muy personal y, en cierto modo, *autista*, oscuramente autobiográfico; algo que le ha otorgado a la dicción de esos libros –*Parte de piedra* (1992), *Providence* (1995) y *El cielo interrumpido* (2008)– un cierto hálito, no deseado, de hermetismo. Ese querido maestro, con su propia poesía y con la de los poetas que leía y traducía –además de mostrarme a Ponge, me mostró a Char, a Schehadé, a Dupin, a Stétié, a Du Bouchet– me influyó profundamente. Y mi voz se contaminó con esta otra melodía, en la que debo reconocer resonancias de la poesía árida y escueta –de sintaxis fracturada– de Luis Alberto Crespo.

Mi poesía reunida no es, pues, unitaria. Es diversa en tonos y miradas; en recursos y motivos. Pero dos elementos persistentes la atraviesan de principio a fin: la vieja cavilación patética sobre el infortunio amoroso –bolero de por medio; mitigado, en su trasfondo– y la impulsión al viaje. Todo lo que escribí en verso y en prosa versada responden bien a la llamada de dos nombres simples y evidentes: *poesía amorosa* y *poesía de viajes*. El amor, no pocas veces, me empujó a hacer, dejando un hiato, un viaje, lejos. En las derivas de mi tortuosa educación sentimental aparecen, por eso, numerosos cambios de escenario. Estampas de parajes reales e imaginarios, donde la palabra fue, siempre, instrumento de sublimación del imposible amor, encarnado en un paisaje.

RAFAEL CASTILLO ZAPATA

Índice

7

Rafael Castillo Zapata:
hacia la página en blanco

25

ÁRBOL QUE CRECE TORCIDO

–1984–

63

ESTACIÓN DE TRÁNSITO

–1992–

99

PARTE DE PIEDRA

–1992–

127

MECÁNICA CELESTE

–1992–

155

PROVIDENCE

–1995–

183

BORIS PILNIAK, 1938

–1999–

189

EL CIELO INTERRUMPIDO

–2008–

216

Epílogo



Rafael Castillo Zapata (Caracas, 1958) salió a la escena de la poesía contemporánea en Venezuela con su primer libro *Árbol que crece torcido* (1984); un libro vinculado a las escaramuzas de rebeldía poética que surgieron en los primeros años de esa década. Posteriormente, Castillo Zapata publicó *Estación de tránsito* (1992), en el que se sostiene la poética exteriorista y conversacional de su libro inicial. Luego viene un viraje estilístico a partir del cual surgirán sus restantes títulos, todos enmarcados en la órbita de una prosa poética marcada por la brevedad: *Providence* (1995) es una buena muestra de ello. *Estancias* (2009) reúne, junto a este libro, otros dos que fueron escritos entre 1991 y 1992: *Mecánica celeste* y *Parte de piedra*. El presente volumen contiene, además de un poema largo dedicado a Boris Pilniak, su más reciente, hasta la fecha, libro de poemas: *El cielo interrumpido*.

- 1° *En medio del blanco*
Kira Kariakin
- 2° *Limonos en almíbar*
Jacqueline Goldberg
- 3° *102 poetas*
Jamming
Compilación
- 4° *Daño oculto*
Georgina Ramírez
- 5° *Sin mover los labios*
Alfredo Chacón
- 6° *Fragmentos naranja*
José Antonio Parra
- 7° *Íntimo, el espejo*
Graciela Yáñez Vicentini
- 8° *39 grados de cielo en la tierra*
Hernán Zamora
- 9° *Caracas mortal*
Claudia Noguera Penso
- 10° *Roto todo silencio*
Edda Armas
Edición especial en honor
a los 40 años de vida
poética de la autora.
Primera edición,
Imprenta Universitaria,
UCV, 1975.
- 11° *Sombra de Paraíso*
Claudia Sierich
- 12° *La corteza no basta*
Sandy Juhasz
- 13° *La espera imposible*
Cecilia Ortiz
- 14° *Cuerpo en la orilla*
Flavia Pesci Feltri
- 15° *Vigilia en la desmesura*
Héctor Aníbal Caldera
- 16° *Tiempo añil*
Karla Castro
- 17° *Viaje Desnudo*
Tina Oliveira

18° *Beber de la sombra*
Poesía reunida 1986–2017
Víctor Fuenmayor

19° *Salmos de la penuria*
Samuel González-Seijas

20° *Doble viaje*
Adriana Gibbs

21° *Tatuajes criminales rusos*
Fedosy Santaella

22° *El beso del arcángel*
Ana María Hurtado
Leonardo Torres

23° *Partir*
Alejandro Sebastiani Verlezza

24° *Labios del viento*
Nubia González

25° *Voz de fondo*
Christiane Dimitriades

26° *El Sol de la ceguera*
Kira Kariakin

27° *Orfeado insilo*
Hernán Zamora

28° *hacer daño*
Carlos Egaña

29° *El barco invisible*
Fedosy Santaella

30° *Ojo de la sombra*
Luis Ignacio Betancourt

31° *los gozos del sueño*
María Antonieta Flores

32° *trazos en fuga*
Flavia Pesci Feltri

33° *Tercer libro de los entusiasmos*
Luis Gerardo Mármol Bosch

34° *La fuerza de las cosas*
Elisabetta Balasso

35° *Poesía reunida*
1984–2008

Rafael Castillo Zapata

Ser al decir

Alfredo Chacón

Esta obra ensayística analiza el pensamiento de la poesía
ejercido por José Lezama Lima, Octavio Paz, Ida Gramko,
Tomás Segovia, Haroldo de Campos,
Rafael Cadenas y Alfredo Silva Estrada

Poesía reunida

1984–2008

Rafael Castillo Zapata

Oscar Todtmann editores

Colección **ot***poesía*

Trigésimo quinto libro

Dirección editorial: Luna Benítez

Coordinación editorial: Kira Kariakin

Diseño: Carsten Todtmann/Pascual Estrada

Fotografía de portada: Archivo OT editores

Obra de Jackson Pollock

Retrato del autor: Federico Prieto

Promoción editorial/rss: María Verónica Marcano

©De esta edición OT editores, C.A.

©Rafael Castillo Zapata

ISBN: 978-980-407-084-6

Depósito Legal: DC2022001430

Impreso en los talleres de Impresos Minipres C.A.

Todos los derechos reservados

Caracas, Venezuela, 2022

El diseño de la colección *otpoesía* es un homenaje al diseñador gráfico Emil Ludwig Weiß creador de la imagen de los libros Insel Bücherei.

Oscar Todtmann editores apoya los derechos de autor. Los derechos de autor motivan la creatividad, estimulan diversas voces, promueven la libertad de expresión y son creadores de una vibrante cultura. Nuestra gratitud por adquirir ediciones autorizadas de este libro y por atenerse a los derechos de autor al no reproducir, escanear o distribuir por alguna otra forma la totalidad o partes del libro, sin la previa autorización y permiso del autor o de la editorial. Así, amigo lector, usted apoya el esfuerzo de los autores y permite a la editorial continuar con la publicación de libros para una significativa variedad de lectores.

La publicación de la *Poesía reunida 1984–2008* de Rafael Castillo Zapata ha sido posible gracias al patrocinio de la institución financiera **Banesco Banco Universal**.

El autor y su casa editorial agradecen su estimable colaboración.



Enlace

oteditores@gmail.com

[IG/Twitter/Facebook/Linkedin:@oteditores](#)

Los libros de OT editores se encuentran disponibles en Amazon

Visítanos en la Biblioteca Digital Banesco.

[www.banesco.com/somos-banesco/biblioteca-digital-banesco/
biblioteca-digital-banesco-2](http://www.banesco.com/somos-banesco/biblioteca-digital-banesco/biblioteca-digital-banesco-2)



 @Banesco  @baneskin  Banesco Banco Universal  banescobancouniversal

Además de su tarea como ensayista, crítico literario, artista visual y diarista, y especialmente de su ejercicio como docente, desarrollada, desde hace más de treinta años, en las aulas de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, ¿quién dudaría que Rafael Castillo Zapata es un poeta? Esto hay que aclararlo, ya que hemos sido testigos de cierta suspicacia por parte del propio autor hacia su labor poética. Esta displicencia parece basarse solo en el hecho de haber publicado unos “pocos” poemas a lo largo de su vida; cien, para ser exactos, los que ahora presenta aquí reunidos de la mano de Oscar Todtmann editores.

Franklin Hurtado



GRUPO J-07013380-5